

REVISTA  
MODERNA  
DE MEXICO

1907

ZR - 3586

Revista moderna de Méxi

ZR - 3586

Revista moderna de México







7R3586

# “REVISTA MODERNA DE MEXICO”

MAGAZINE ILUSTRADO.

Subscripción en la ciudad, semestre adelantado ..... \$ 3 00  
 En los Estados y Extranjero    ”            ”            ..... 4 00  
 Número suelto, en la ciudad ..... 0 60

Propietarios: JESUS E. VALENZUELA y AMADO NERVO.

Director: JESUS E. VALENZUELA.                    Consultor artístico: JESUS URUETA.

Secretario de Redacción: EMILIO VALENZUELA.

Dirección: Cordobanes núm. 2. Apartado 49 bis.

AGENCIA ESPAÑOLA DE COPIES  
 04 FEB 2010  
 BIBLIOTECA NACIONAL  
 Hemeroteca

## SUMARIO DEL NUMERO 5.

### TEXTO:

Federico Max Müller.  
 Para un menú.— Manuel Gutiérrez Nájera. «Duque Job.»  
 Guanajuato.—R. L.  
 Montañas de Guanajuato.—Rafael López.  
 Hidalgo.—Rafael López.  
 El horror del olvido.—Efrén Rebolledo.  
 En el desierto, idilio salvaje.—Manuel José Othón.  
 Una tragedia en la montaña.—Rubén Valenti.  
 Claro de luna.—Manuel Ugarte.  
 Escuela Positiva Penal.  
 El poema del lago.—Luis G. Urbina.  
 La velada de Othón.  
 Elegía.—Rafael López.  
 Á Manuel José Othón.— Jesús Urueta.  
 Notas breves.—R. L.  
 Erección de una estatua al Duque Job.  
 Folletín de la «Revista Moderna.»

### GRABADOS:

Federico Max Müller.  
 W. G. Max Müller.  
 GUANAJUATO: Plaza Mayor.—Vista del lado Norte.—Vista del centro.—Vista hacia el Oriente.—Barrio de Pastita.—Monumento á Hidalgo.—Castillo de Granaditas.—Estatua de la Paz.—Presa de «La Esperanza.»—Presa de la «Olla.» Un día de apertura.—Presa de la «Olla.»—Acantilados del cerro de la «Bufa.»—La «Bufa.»—Mineral de «Cata.»—Momias en las catacumbas.  
 Título que acredita como Delegado de la Escuela Positiva Penal, á nuestro Director.

# LAS PILDORAS NACIONALES

SON UN MARAVILLOSO

## REMEDIO ANTIPALUDICO

Mucho más eficaz  
que la quinina  
Contra Calenturas,  
Influenza, Debilidad  
y Anemia.

No exigen dieta.



A la vez que es-  
timulan el apetito y  
producen sangre y  
fuerzas, destruyen  
todo germen de Ma-  
laria ó Paludismo,  
sin ser purgantes.

¡HACEN CORRER A LAS CALENTURAS!

DE VENTA:

En todas las Droguerías y Boticas

Cajas chicas. . . . \$ 0 50

Id. grandes . \$ 1 25

Descuentos Liberales

al Comercio.



Las enviamos

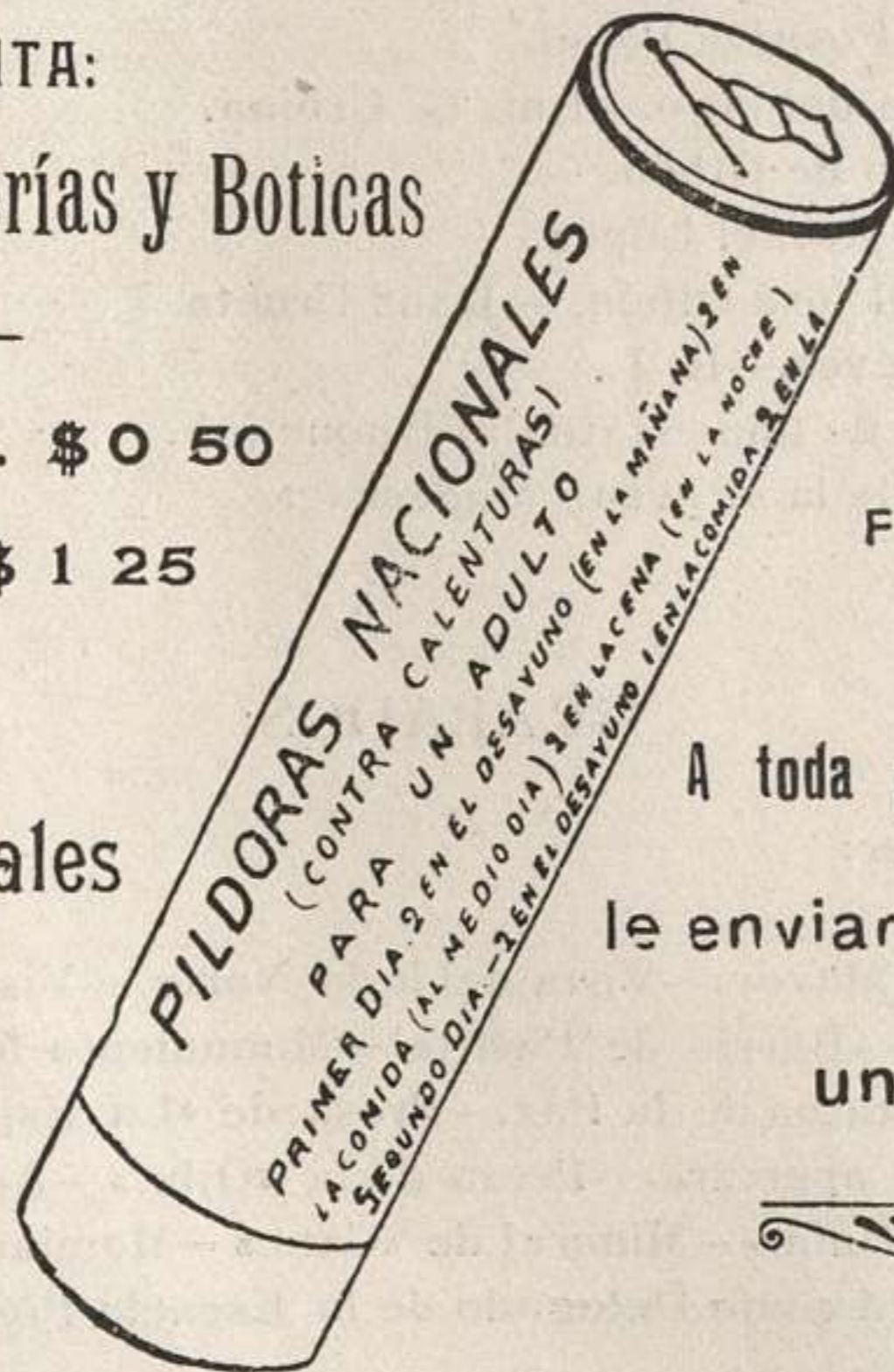
á cualquier parte

Por Correo

FRANCO DE PORTE

A toda persona que lo solicite  
le enviaremos "gratis"

un folleto.



Compañía de las Píldoras Nacionales.  
Primera de San Francisco Núm. 14.







LA CRITICA.

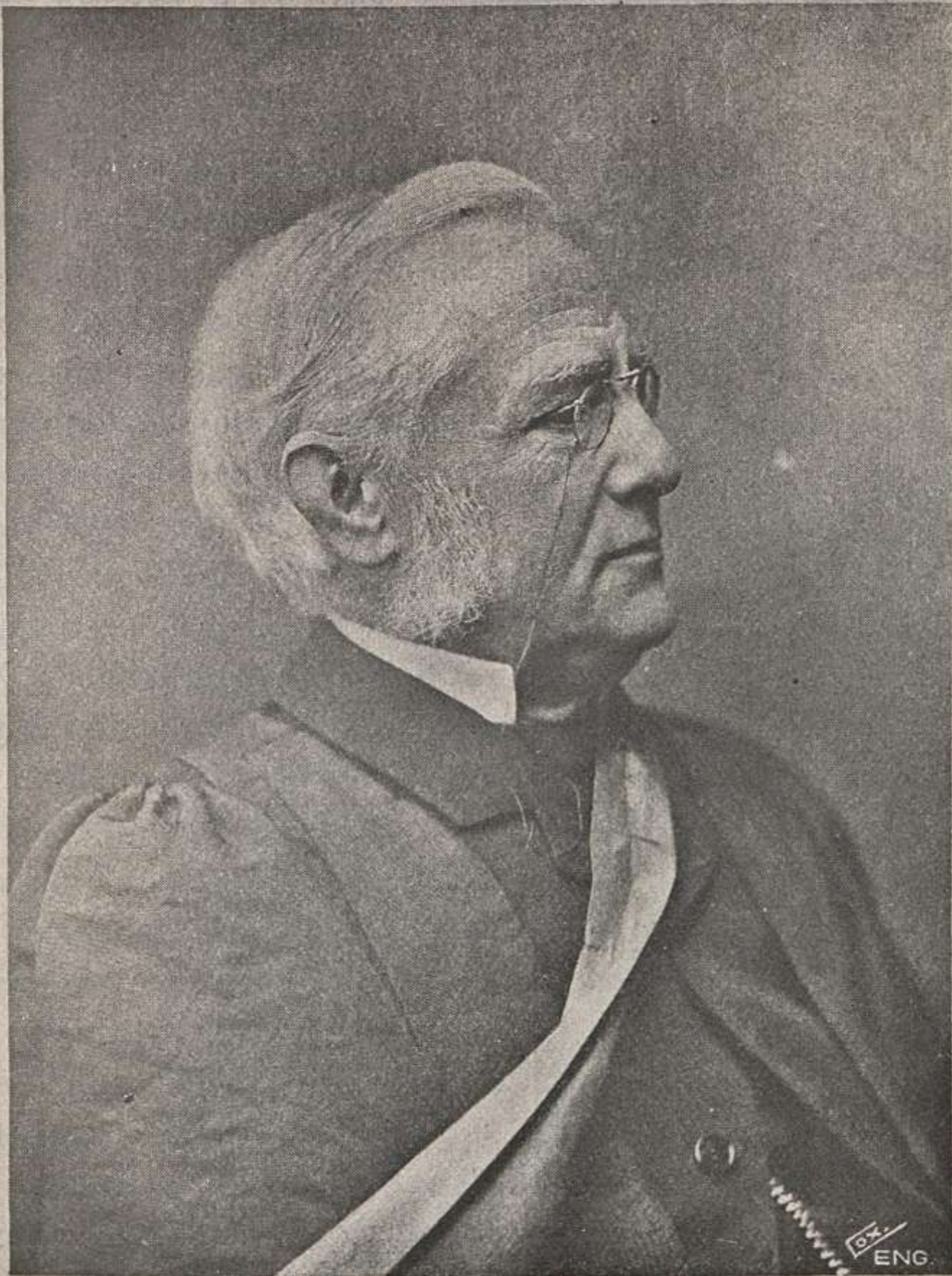
AGUA FUERTE DE JULIO RUELAS.

ENERO DE 1907.

# REVISTA MODERNA DE MEXICO



DIRECTOR, JESÚS E. VALENZUELA. CONSULTOR ARTÍSTICO, JESÚS URUETA.



*F. Max Müller*



## FEDERICO MAX MÜLLER



Federico Max Müller.

Honramos este número de la Revista, con el retrato de aquel sabio orientalista inglés, de origen alemán, padre de nuestro distinguido amigo el Sr. Max Müller, actualmente vecindado en México como

primer Secretario de la Legación Británica, y cuyo retrato también publicamos ahora.

No sólo obedecemos, con esto, á un impulso de amistosa cortesía; un sentimiento de profunda admiración nos lleva á rendir un humilde homenaje al eminente F. Max Müller, cuya vida entera se gastó en el estudio de la ciencia, á la que enriqueció con inestimables trabajos.

Hijo del poeta Wilhelm Müller, nació en Dessau el año de 1823, y desde muy joven demostró la amplitud de su inteligencia y sus excepcionales facultades para el aprendizaje de las lenguas, tales como el hebreo, el árabe y el sanscrito. A los 22 años continuó sus estudios filológicos en París, comenzando allí la publicación del Rig-Veda, una de sus más notables obras. Según la Revista Enciclopédica que hemos consultado para trazar esta nota brevisima, fué uno de los primeros orientalistas de Europa en el último siglo.

En 1850 desempeñó las cátedras de Historia, Literatura y Gramática comparada en la Universidad de Oxford, y nombrado miembro de la Academia de Mu-

nich, sin perjuicio de dar cima á su obra monumental de la Filología comparada de las Lenguas Indo-europeas con relación á su influencia sobre la primitiva civilización de la humanidad. En seguida dió á luz su Ensayo sobre la Mitología comparada, Historia de la Antigua Literatura Sanscrita, las Leyes del Pensamiento, los clásicos alemanes, etc., etc.

En 1875 dejó su cátedra de Oxford, y fundó en Inglaterra la «Goethe Society,» á la sazón que terminaba su gran edición, con comentarios del *Rig-Veda* (seis volúmenes).

En esta segunda parte de su vida, tan fecunda ó más que la primera, si cabe, publicó sucesivamente los Orígenes y desarrollo de la religión, estudiados á la luz de las religiones de la India, anécdota Oxoniensia (colección de textos sanscritos y búdicos del Japón), ensayos bibliográ-

ficos, libros sacros del oriente, cuya primera serie consta de 25 volúmenes; la Ciencia del Pensamiento, etc., etc., y todavía tuvo tiempo para cultivar las gayas ciencias en su novela «Amor Alemán,» en cuyas páginas se dan la mano el filósofo y el poeta.

La falta de espacio nos impide hacer la enumeración detallada de sus trabajos; pero lo que llevamos dicho, manifiesta el vacío que este sabio dejó en el mundo al bajar á la tumba en las postrimerias del último siglo, cargado de honores, y siendo miembro de las principales Sociedades científicas.

Nosotros nos complacemos de tener como huésped al hijo del grande hombre, el caballeroso Sr. Müller, y deseamos que la hospitalidad mexicana le aminore la nostalgia del «home» británico.



W. G. Max Müller.



## PARA UN MENU

Las novias pasadas son copas vacías;  
 En ellas pusimos un poco de amor;  
 El néctar tomamos . . . huyeron los días . . .  
 ¡Traed otras copas con nuevo licor!

Champagne son las rubias de cutis de azalia;  
 Borgoña los labios de vivo carmín;  
 Los ojos oscuros son vinos de Italia,  
 Los verdes y claros son vinos del Rhin!

Las bocas de grana son húmedas fresas;  
 Las negras pupilas escancian café,  
 Son ojos azules las llamas traviesas  
 Que trémulas corren como almas del te!

La copa se apura, la dicha se agota;  
 De un sorbo tomamos mujer y licor . . .  
 Dejemos las copas . . . Si queda una gota,  
 Que beba el lacayo las heces de amor!

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.

«Duque Job.»



Escudo de la Ciudad de Guanajuato.

## GUANAJUATO

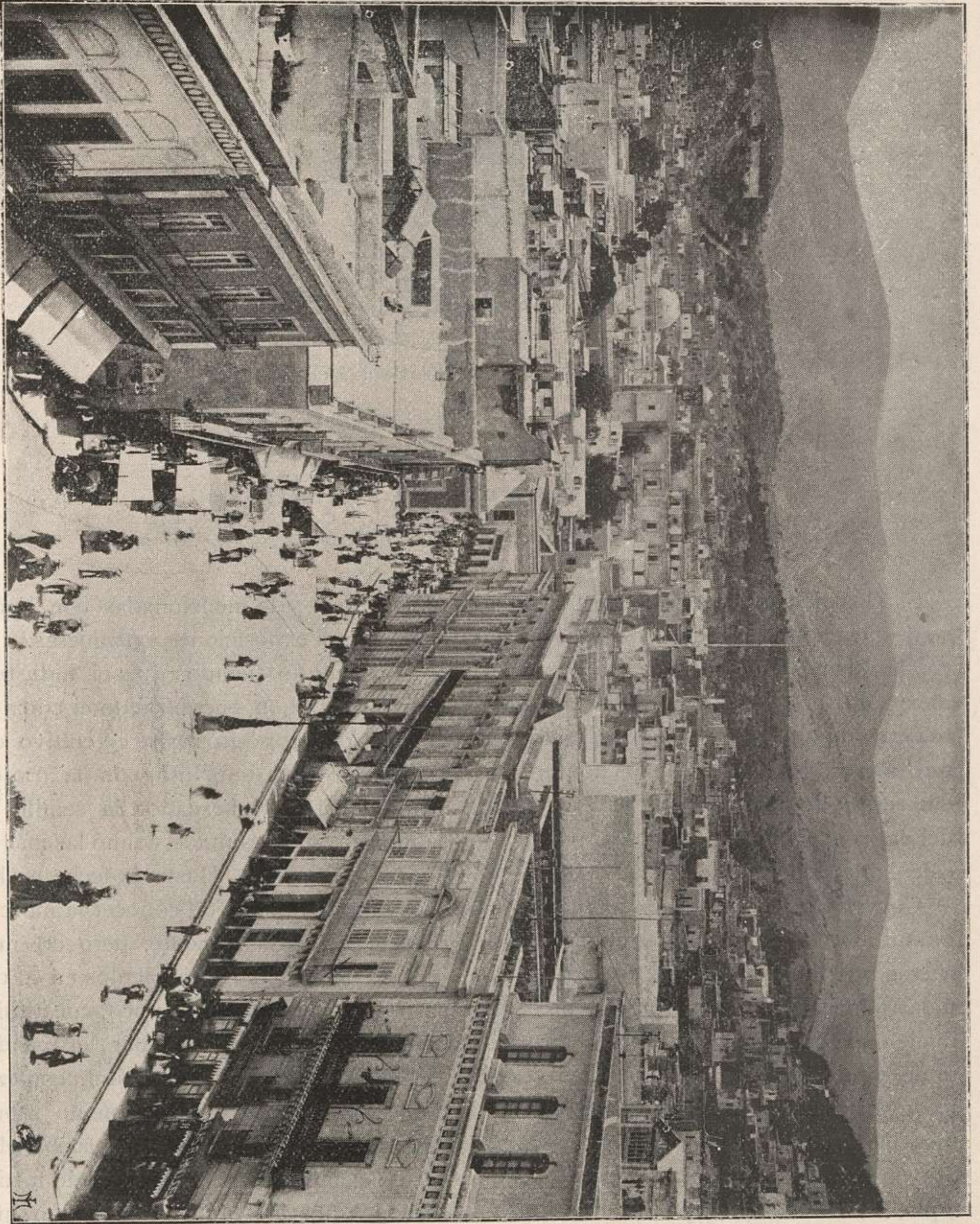
Si á los ojos del historiador, esta Ciudad se destaca con tan poderosos relieves entre las demás que forman la federación mexicana, por los memorables acontecimientos de que fué testiga, el Estado entero merece la atención de los hombres de empresa y de negocios que se preocupan del engrandecimiento del país, por la incalculable riqueza que encierra.

Con efecto, enclavada esta Ciudad, como un nido de águila, en las montañas auríferas que limitan hacia el Oeste las dilatadas planicies del Bajío, parece presidir, diademada de rocas, el desarrollo incesante de poblaciones tan importantes como León, Irapuato y Celaya, de que esas fértiles llanuras son tributarias, y que constituyen la riqueza agrícola del Estado, centuplicada últimamente por la multiplicación de las vías férreas. Es de advertir que la ciudad de León, se distingue, además, por el adelanto de su industria, y las manufacturas de sus talleres y telares son bien conocidas y apreciadas en el resto del país,

y hasta han sido mencionadas con honor en diversas exposiciones extranjeras.

Hace algún tiempo, que el industrial Sr. H. Chambon, encontrando el clima de Irapuato á propósito para el cultivo del gusano de seda, implantó, con la protección del actual Gobernador, la semilla de la morera, y el resultado colmó las más risueñas esperanzas. Hasta la fecha no hemos tenido ocasión de conocer la marcha de esta industria naciente, pero creemos que no habrá tenido obstáculos en su desarrollo, y que dentro de poco, constituirá otro elemento bonancible para el Estado.

Contrayéndonos á la Capital, empezaremos por decir, que es realmente asombrosa la vitalidad de que dió prueba elocuente el año último, cuando quedó medio destruida por la terrible inundación que sufrió, dando margen á tantos horóscopos pesimistas, que felizmente no se realizaron. Bien puede aplicarse una vez más la leyenda de Anteo á su maravilloso resurgimiento; la rapidez de su reconstrucción



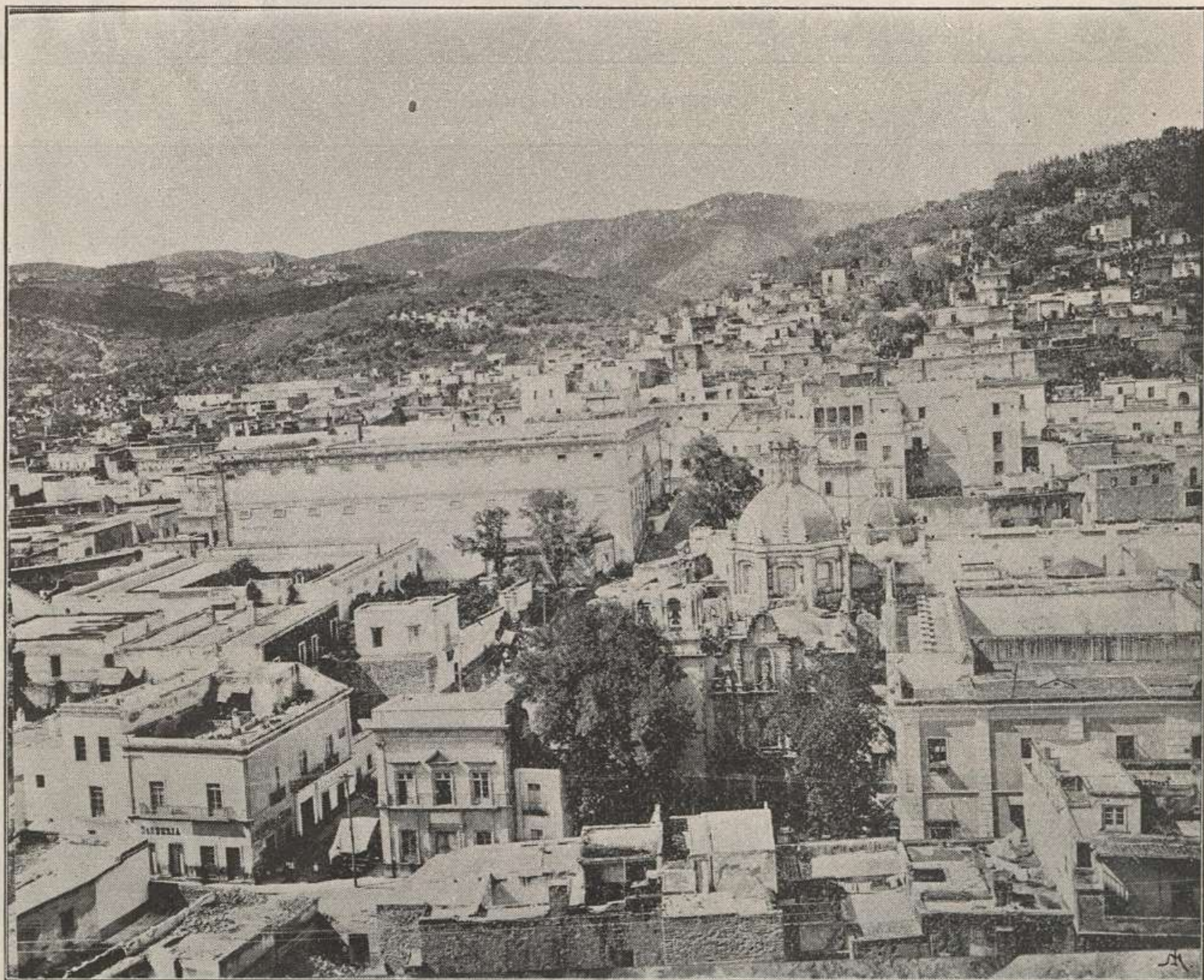
PLAZA MAYOR. SIMULTA.

es un termómetro exacto para medir el valor de su riqueza y la actividad de sus hijos. Quién, al ver ayer sus casas destruidas, sus jardines deshechos, sus hogares casi arrasados por la ola embravecida, frente á los ojos espantados de sus moradores locos de pánico, no hubiera pensado en el aniquilamiento definitivo y total, y traído á su memoria el recuerdo de las conminaciones celestes, abatiéndose sobre las ciudades malditas? . . . .

Y sin embargo, nunca como ahora ha podido palpase el poco acierto de los augurios desgraciados y de las profecías infaustas. Parece que la poderosa Ciudad, vuelta inmune en su cinto de rocas, tiene en su historia un amuleto talismánico que la salva de toda disolución, y que la torna incólume; nos referimos al castillo de Granaditas que campea en su recinto, con sus

cuatro ángulos sangrientos que ostentaron el divino holocausto de cuatro cabezas trágicamente heroicas; con sus muros desconchados por la honda de David, cuya piedra lanzó esta vez una mano sacerdotal, débil, pero certera como la del joven pastor.

Y así tiene que ser, porque Guanajuato, no como el Anteo de la leyenda, sino como el Fénix de la fábula, se levanta intacta y gentil, como puesta de pie por la mano de un sortilego, que ahora lo fué su valiente laboriosidad, excitada por el sople benéfico que recibió de la República entera. Vuelven sus calles á brillar con el limpio pavimento de sus enlosados; las frondas de sus jardines, sacudidas ayer por un hálito de muerte, se inclinan otra vez armoniosamente sobre las cabezas de las hermosas guanajuatenses, que tienen los



Vista de Guanajuato, lado Norte.





Vista del centro de Guanajuato.

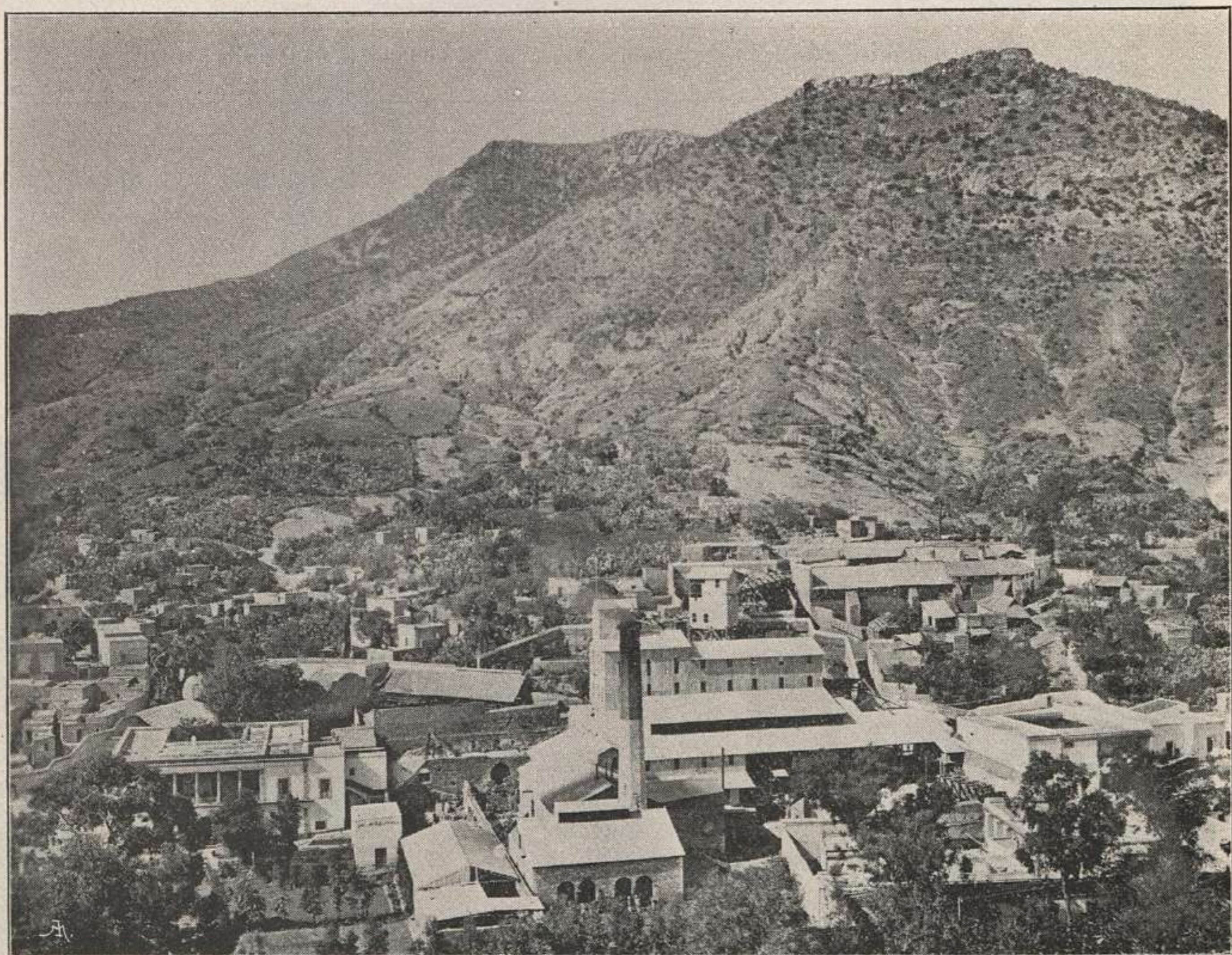


ojos de oro, como las piedras de sus minas, y con todos los dones de la vida, en suma, reanuda sus nupcias, un momento interrumpidas, con el progreso de la nación, el cual, para agotar el simil, la cuenta entre sus favoritas.

Hacia el Poniente de la Ciudad, punto por donde arriban los viajeros, el jardín del «Cantador» se ofrece á los visitantes como un gigantesco ramo de flores, que resulta exótico en la aridez de las montañas. En la plaza llamada mayor, descuella la estatua de la Paz, debida al buril de nuestro Jesús Contreras, y junto á otro jardín que se encuadra en los principales edificios del lugar, triunfa la soberbia fachada del Teatro Juárez con las nueve musas que le sirven de coronamiento, y cuya majestuosa escalinata, y las columnas estriadas que forman su vestíbulo, su-

gieren la visión de un templo griego del tiempo de Pericles.

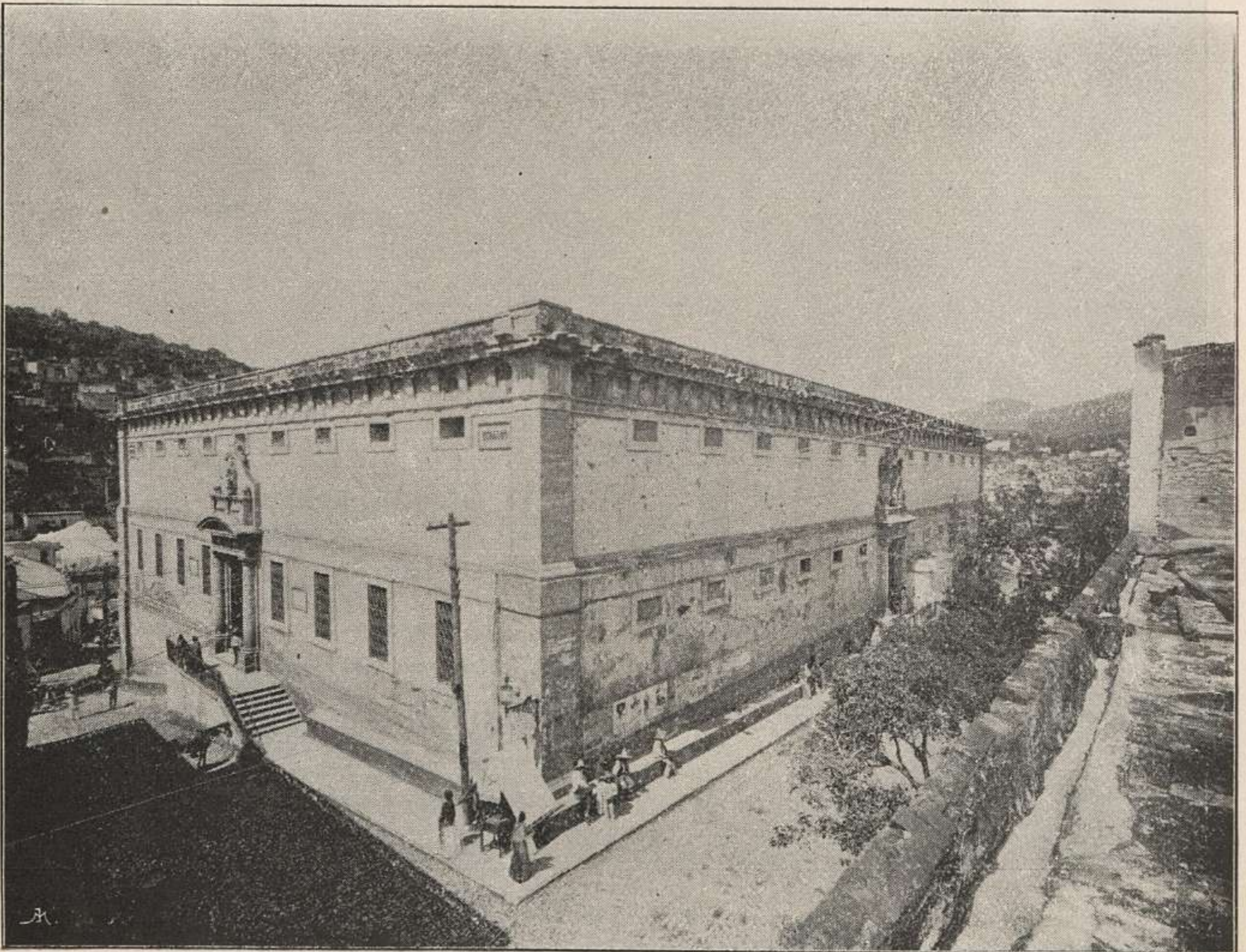
Más allá, siguiendo la única vía de tranvías que ha sido posible tender en la Ciudad por las quebraduras del terreno, está la calzada rampante que da acceso al hermoso paseo de la Presa de la Olla, calzada bordeada por pequeños lagos, donde se retratan risueñas casas de campo, «villas,» «chalets,» coronados de rosas, como grupos de gentiles coquetas que contemplaran en un espejo sus afeites; hasta que al fin, como digno remate del poético barrio, desarrolla su perspectiva el jardín de «Las Acacias,» en cuyo fondo se destaca el monumento en bronce del libertador Hidalgo, que parece recibir perpetuamente el incienso de las rosas, como si fuera la simbólica ofrenda de la gratitud nacional, en la tierra que lo vió nacer.



Barrio de Pastita. Guanajuato.



Monumento á Hidalgo en el Jardín de las Acacias, en la presa de la «Olla.»



Castillo de Granaditas.

Pero todo lo que acabamos de enumerar, cede ante el fantástico encanto de su vista sinóptica, que calmaría los sueños de nuestros pintores paisajistas. Sus casas parecen colgadas por hilos invisibles en los abismos de las montañas, y dando rienda suelta al hipógrifo de la imaginación, parece que una inmensa parvada de palomas se dispersó en los desfiladeros, rodó por las laderas, se amontonó en las gargantas y cubrió las anfractuosidades del terreno, respetando únicamente las altas cumbres bravías, que siguen solitarias en el infinito azul, recortando sus agudas aristas en la pureza de la luz.

Las dimensiones y la índole de este artículo, hacen que citemos sólo de paso el nombre de sus minas más célebres, La Luz, La Valenciana, La Peregrina, la Cata, Mellado, etc., cuya riqueza ha sido proverbial, y que inspiró á Mr. Bryant, el can-

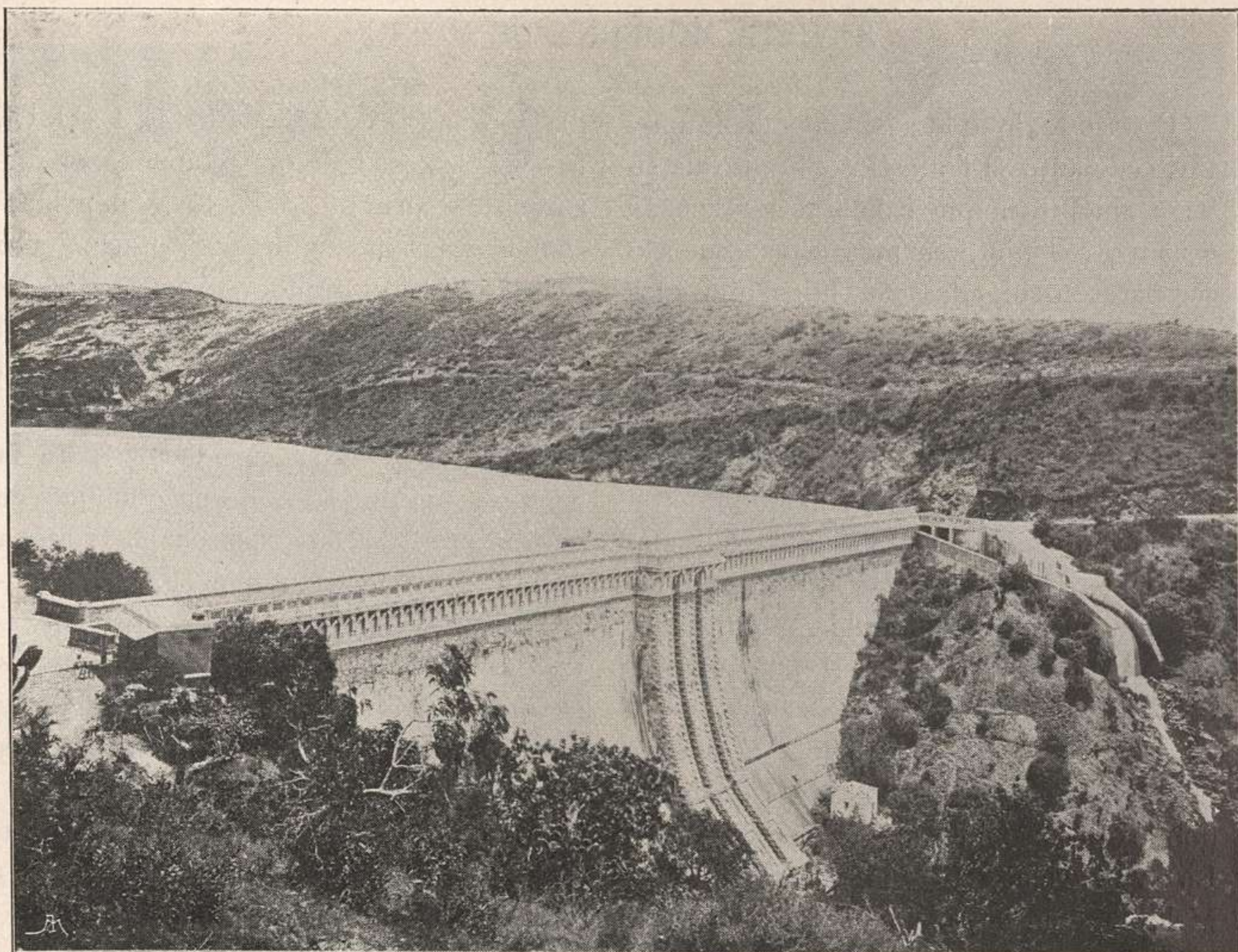
didato á la Presidencia de los E. E. U. U., la célebre frase con que comenzó el discurso que pronunció en La Valenciana, cuando visitó dichos lugares: «Guanajuato siempre ha sido grande en sus producciones: con sus minas inundó de riquezas al mundo, con sus hombres hizo libre á la patria.»

Sólo á título de curiosidad, y para la comprensión de la fotografía que aparece aquí mismo, diremos que en el Panteón de la Ciudad, existen unas galerías subterráneas, donde se depositan los cadáveres que se momifican en las gavetas, empujadas en los muros de ese edificio, y que constituyen la *great-attraction* de los excursionistas americanos.

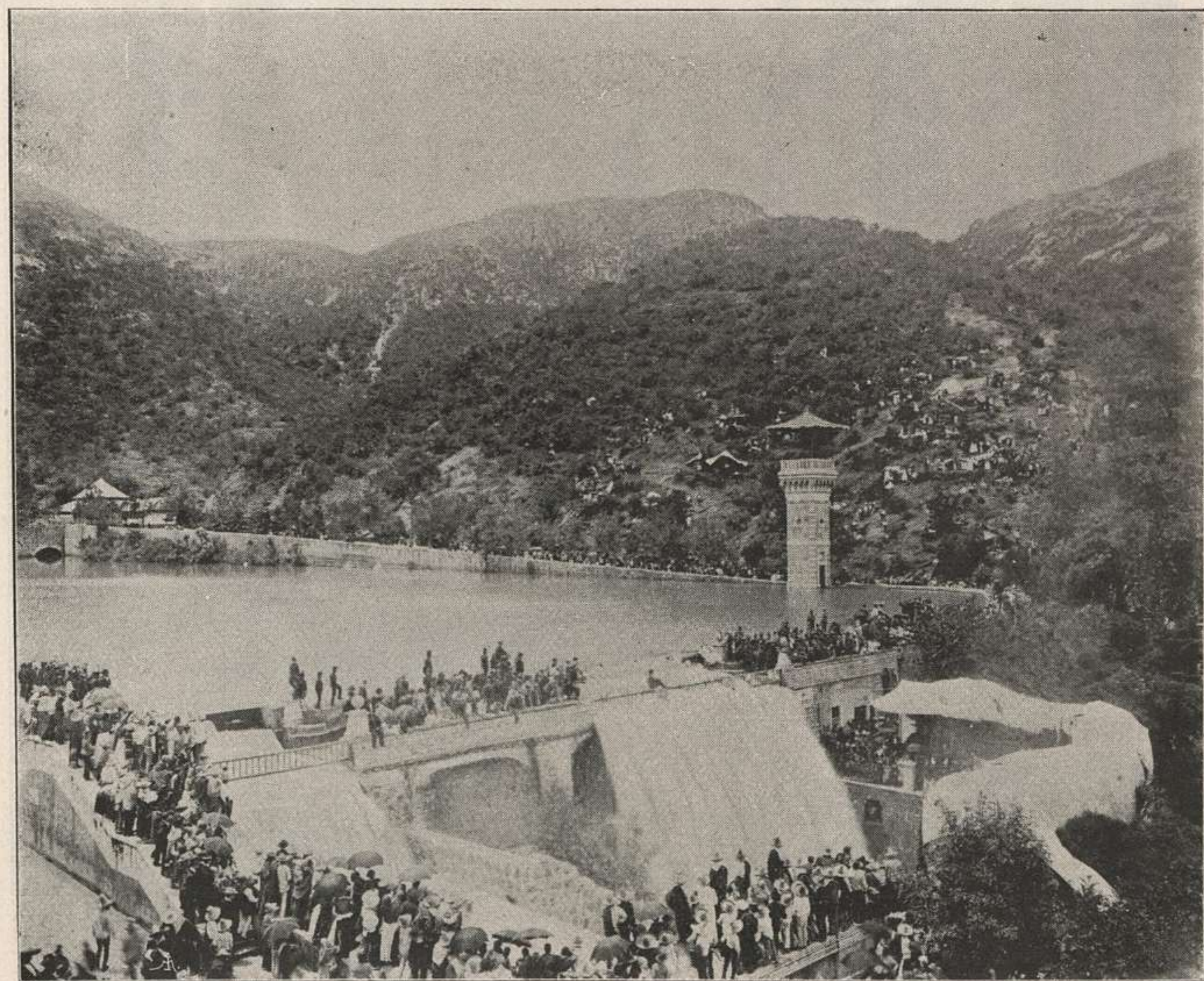
Antes de terminar estas notas, es de justicia que manifestemos cuánto ha hecho el actual Gobernador del Estado, Lic. Joaquín Obregón González, por el ade-



Estatua de «La Paz» en la plaza mayor.



Presa de «La Esperanza.»



Presa de la «Olla.» Un día de apert̄ura.

lantamiento del mismo. La eficacia de su gestión administrativa, está patente en la lógica inflexible de los números. Efectivamente, desde 1893, época en que comenzó el gobierno de dicho señor, hasta el 30 de Junio del presente año, se han gastado en obras materiales, en el Estado, más de dos millones y medio de pesos, ó sean doscientos mil por año. Entre estas obras figuran la conclusión del «Teatro Juárez;» la de la Presa de Esperanza, enorme depósito que tiene capacidad para 1.600,000 metros cúbicos de agua; la construcción del suntuoso palacio del Congreso; los monumentos de la Paz y de Hidalgo; el aumento de los caudales de agua; los nuevos caminos carreteros y las líneas telefónicas; sin contar las construcciones y reparaciones de edificios escolares en que se han invertido más de cien mil pesos; además, con objeto de librar á la Ciudad en lo futuro de azotes como el que acaba de sufrir, se construye á gran prisa el tú-

nel «Porfirio Díaz,» que cuesta ya más de \$30,000.00, y el de San Agustín, que alcanza la respetable cifra de \$68,000.00.

La Instrucción Pública tenía que merecer toda la atención de un hombre tan culto como el Sr. Obregón González; así vemos en la cuenta General del Erario del Estado de Guanajuato, que se han expendido cerca de \$300,000.00 en su desarrollo y sostenimiento, siendo éste el mejor elogio que podemos hacer del actual Gobernador, cuya eficacia secunda de admirable manera la benéfica política del General Díaz, en la órbita de su acción.

Nosotros, que por tantas raíces nos sentimos unidos á su caro terruño, deseamos ardientemente que Guanajuato no tropiece en la senda bonancible por donde marcha, por más que las caídas no signifiquen para ella, sino la manera de probar y aquilatar las fuerzas de su poderoso organismo.

R. L.



Presa de la «Olla.»

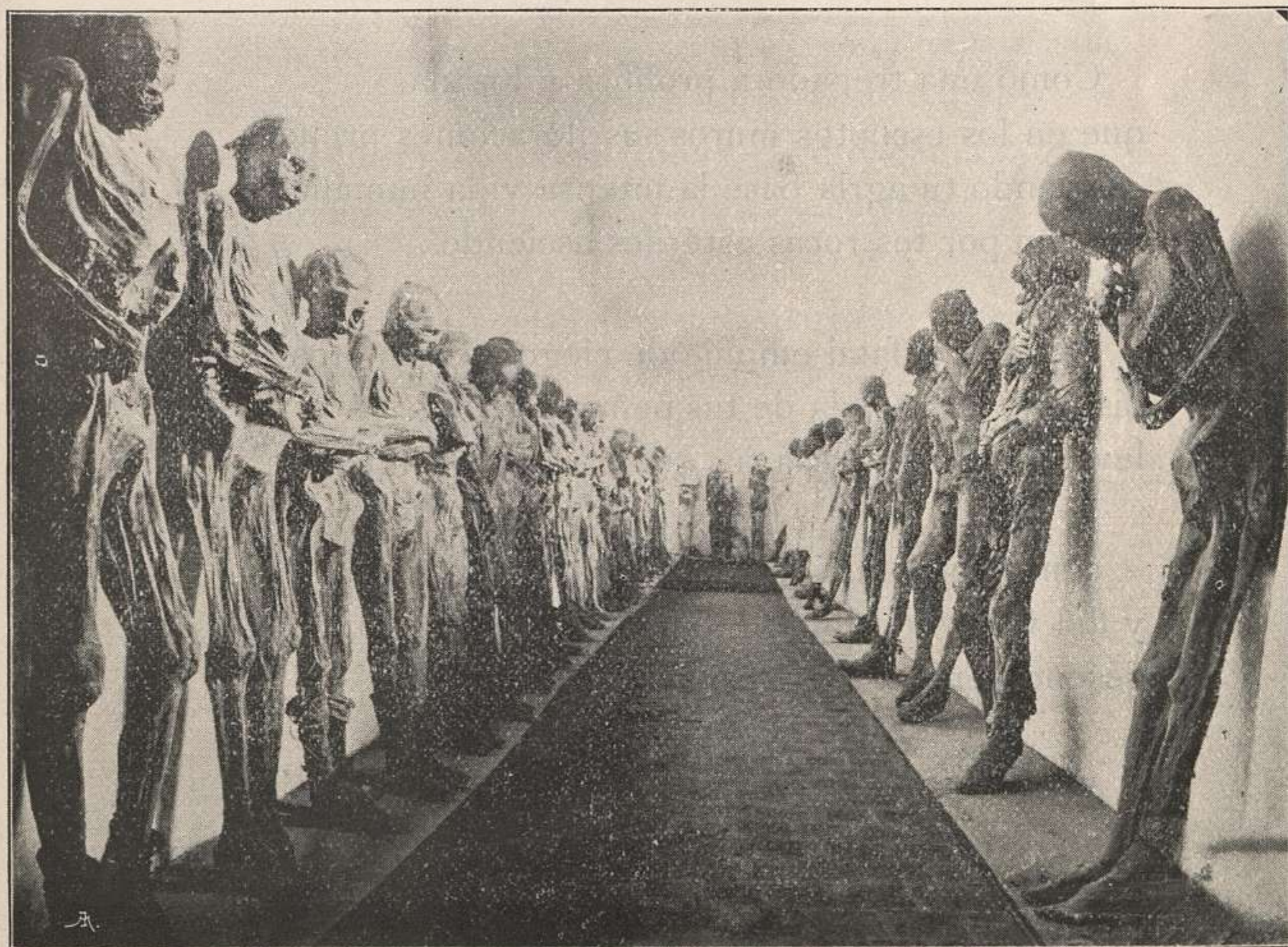


Acantilados del cerro de la «Bufa.»





Mineral de «Cata» en Guanajuato.



Momias en las catacumbas. Panteón de Guanajuato.





## MONTAÑAS DE GUANAJUATO

### EL CUARTO

Oh perdurable página triunfal, una mañana,  
tú viste, á la luz de oro que los espacios hiende,  
flamear como enseña de gloria, la sotana  
del gran Cura, y el sable del impetuoso Allende.

Como una trepadora prolífica y lozana,  
que en los escuetos muros sus floraciones prende,  
cubriendo tu agria base la intensa vida humana,  
hogaño por tus rocas estériles asciende.

Aunque el fatal empuje de ciegos terremotos  
disperse la materia de tus peñascos rotos,  
levantará la Historia tus cumbres más enhiestas

como fieles testigos de luchas inauditas,  
y del valor de "Pípila," que con su losa á cuestas,  
desencadena el rojo cición de Granaditas.

RAFAEL LÓPEZ.



## MONTAÑAS DE GUANAJUATO

### LA BUFA

En el abismo asomas la frente, calcinada  
por los rojizos fuegos de las fraguas solares;  
y una pueril conseja te ve transfigurada  
en las maravillosas leyendas populares.

Un mago, de los cuentos que cuenta Scherezada,  
docto hacedor de extraños conjuros y avatares,  
la más hermosa y rica ciudad, dejó encantada  
en medio de tus grises granitos seculares.

Cuando diluyen ópalos y desparraman nieve  
las manos luminosas y cándidas de Febe,  
contemplo, á la distancia, tus caprichosos riscos,

tus rocas verticales que levantó algún druida;  
y emergen de tu mole, bajo la luz dormida,  
columnas destrozadas y rotos obeliscos.

RAFAEL LÓPEZ.



## MONTAÑAS DE GUANAJUATO

### LA SIRENA

Dorada por la lumbre de excelsas claridades,  
ó negra, bajo el brillo de las constelaciones,  
serenamente inmóvil á las inmensidades  
del cielo azul avientas los áridos crestones.

Mordida por la cólera de foscas tempestades,  
los flancos agrietados por hórridos turbiones,  
guardas el eco inmenso de nuestras libertades,  
cuando á tus pies rugieron como los Aquilones.

Desnudos, sin la pompa de gayas vestiduras  
en los torsos salvajes, se empinan tus granitos  
cegando el horizonte con sus arquitecturas,

y sólo cuando tiende sus mantos infinitos  
la noche, me parece que oculto en tus pavuras  
celebra el Aquelarre sus misteriosos ritos!

RAFAEL LÓPEZ.



## HIDALGO

(Ante su estatua, levantada en la Presa de la Olla)

Salve, Señor, las cumbres de Cipango encantado  
 en áureos bancos fijan tu bronce tutelar;  
 aquí te armó un glorioso destino de cruzado:  
 su espada heroica pliega la túnica talar.

Parece que bendices al pueblo arrodillado,  
 y que tus manos bajan el cáliz del altar;  
 así fuiste en las Cruces, Pontífice y Soldado;  
 Dios estaba contigo: tenías que triunfar.

Las rocas que ayer fueron baluarte en las campañas,  
 entre las hondas plomos, en tu legión arnés,  
 humillan en tu plinto su alteza de montañas;

te cercan en rotonda, te sirven de pavés,  
 y con sus vetas de oro cincelan tus hazañas  
 eternas, en los bloques suspensos á tus piés.

RAFAEL LÓPEZ.



## EL HORROR DEL OLVIDO

Otros sienten el horror de la sombra, el horror de la muerte. . . . Desde la hora aciaga en que recibí la noticia de tu partida, yo experimento un horror insensato, invencible, un horror de loco: tengo el horror del olvido.

Le tengo miedo al olvido; isla triste de destierro, de la que no se vuelve más; tumba maldita donde no brota ninguna flor; cárcel obscura donde no entra nunca un rayo de luz. Porque Dios los ha olvidado, sufren sin esperanza los réprobos en el infierno.

Yo no temería á la ausencia si estuviera seguro de perdurar en tu memoria. Si así fuera, yo pasaría esa melancólica noche en la que los besos que me diste esplenderían como luceros, y las miradas con que me fascinaste titilarían, como luciérnagas, y resonarían como el canto del ruiseñor las palabras amorosas con que me cautivaste, esperando sin tristeza que apuntara el amanecer de nuestro encuentro, que saludarían jubilosamente todas las alondras de mi espíritu.

Pero después de mi despedida, que te envolverá de amargura como una salobre onda del océano, yo permaneceré aquí, mi-

rando en todas partes el hueco que quedará con tu partida, teniendo sin cesar ante los ojos la estela cintilante de recuerdos que dejarás en mi existencia, y tú te marcharás á tu país, donde no habrá ningún sitio que te hable de nuestros idílicos transportes, y donde no podré evitar que á mansalva me roben tu corazón, donde cada día depositaba tembloroso los rubies ensangrentados de mis anhelos y las perlas irisadas de mis ternuras.

Yo te echaré de menos siempre, rayo de luz que disipaste mi fastidio; yo te recordaré de continuo, repique de cascabeles que me regocijaste en mi soledad; yo acariciaré sin tregua, con el exquisito deleite con que se palpa un suave manto de seda, la añoranza de estos raudos meses de mi monótona vida que recamaste con el oro de tus amores, y tú. . . ¡oh! cómo me acomete el espanto y tiemblo de pavor, al figurarme que muy pronto el tiempo cavará una profunda fosa en tu memoria, donde sepultará mi recuerdo, cubriéndolo con negras y frías paletadas de olvido.

EFRÉN REBOLLEDO.

Guatemala, 4 de Noviembre de 1906.



# EN EL DESIERTO

## IDILIO SALVAJE



J.R.  
1903.

A Alfonso Toro

A fuerza de pensar en tus historias  
y sentir con tu propio sentimiento,  
han venido á agolparse al pensamiento  
rancios recuerdos de perdidas glorias.

Y evocando tristísimas memorias,  
porque siempre lo ido es triste, siento  
amalgamar el oro de tu cuento  
de mi viejo román con las escorias.

¿He interpretado tu pasión? Lo ignoro;  
que me apropio, al narrar, algunas veces  
el goce extraño y el ajeno lloro.

Sólo sé que, si tú los encareces  
con tu ardiente pincel, serán de oro  
mis versos, y esplendor sus lobregueces.



## I

¿Por qué á mi helada soledad viniste  
cubierta con el último celaje  
de un crepúsculo gris?.... Mira el paisaje,  
árido y triste, inmensamente triste.

Si vienes del dolor y en él nutriste  
tu corazón, bien vengas al salvaje  
desierto, donde apenas un miraje  
de lo que fué mi juventud existe.

Mas si acaso no vienes de tan lejos  
y en tu alma aun del placer quedan los dejos,  
puedes tornar á tu revuelto mundo.

Si no, ven á lavar tu cyprio manto  
en el mar amarguísimo y profundo  
de un triste amor, ó de un inmenso llanto.





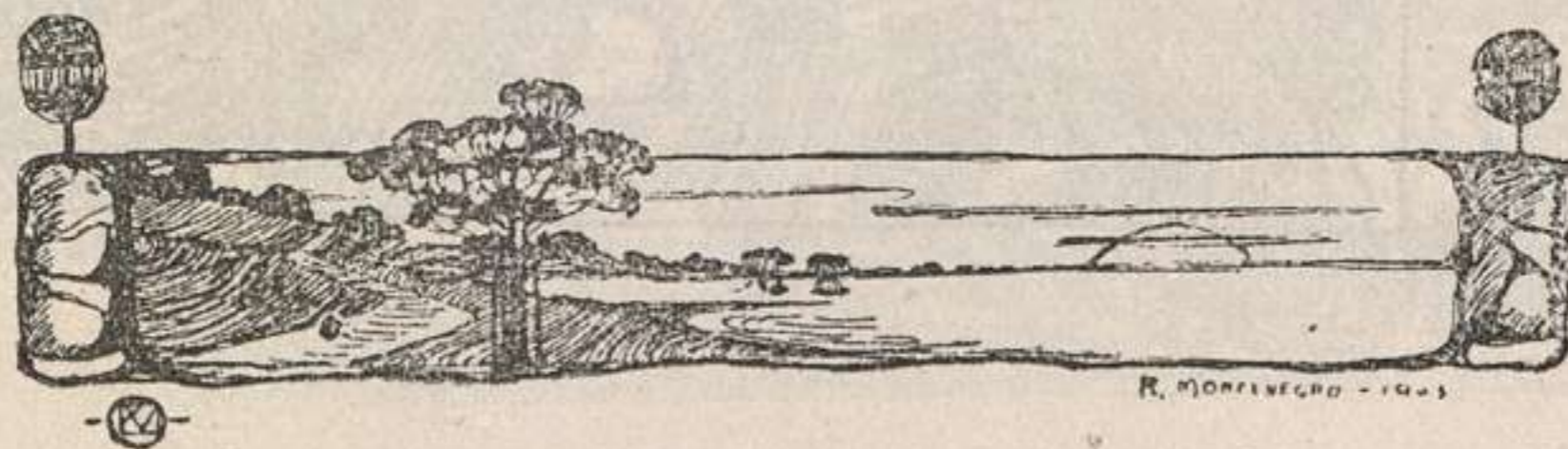
III  
II

Mira el paisaje: inmensidad abajo,  
inmensidad, inmensidad arriba;  
en el hondo perfil, la sierra altiva  
al pie minada por horrendo tajo.

Bloques gigantes que arrancó de cuajo  
el terremoto, de la roca viva;  
y en aquella sabana pensativa  
y adusta, ni una senda, ni un atajo.

Asoladora atmósfera candente,  
do se incrustan las águilas serenas,  
como clavos que se hunden lentamente.

Silencio, lóbreguez, pavor tremendos  
que viene sólo á interrumpir apenas  
el galope triunfal de los berrendos.







## III

En la estepa maldita, bajo el peso  
de sibilante grisa que asesina,  
irgues tu talla escultural y fina,  
como un relieve en el confín impreso.

El viento, entre los médanos opreso,  
canta cual una música divina,  
y finge, bajo la húmeda neblina,  
un infinito y solitario beso.

Vibran en el crepúsculo tus ojos  
un dardo negro de pasión y enojos  
que en mi carne y mi espíritu se clava;

y, destacada contra el sol muriente,  
como un airón, flotando inmensamente,  
tu bruna cabellera de india brava.





## IV

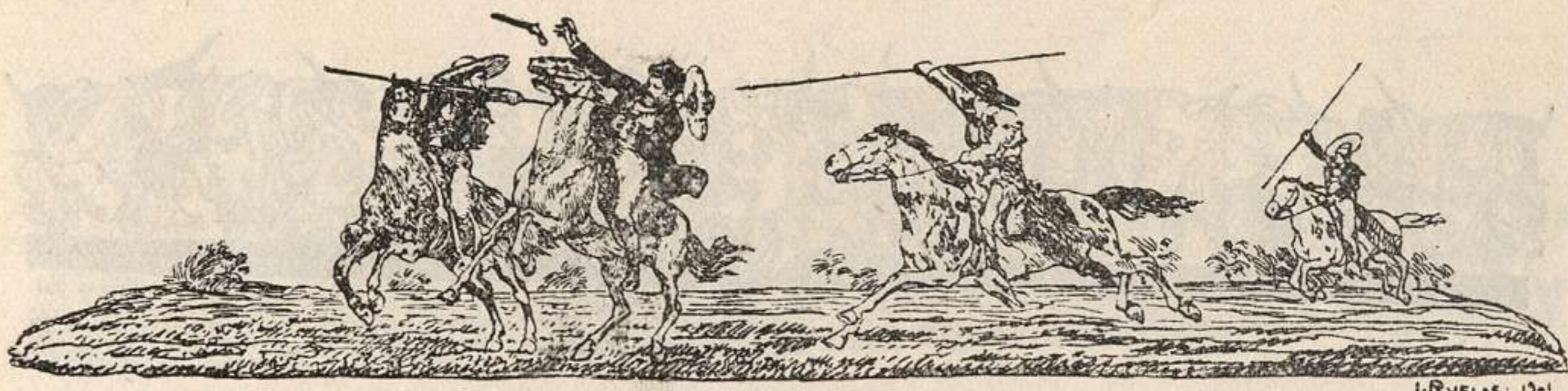
La llanada amarguísima y salobre,  
enjuta cuenca de océano muerto  
y, en la gris lontananza, como puerto,  
el peñascal, desamparado y pobre.

Unta la tarde en mi semblante yerto  
aterradora lobreguez, y sobre  
tu piel, tostada por el sol, el cobre  
y el sepia de las rocas del desierto.

Y en el regazo donde sombra eterna,  
del peñascal bajo la enorme arruga,  
es para nuestro amor nido y caverna,

las lianas de tu cuerpo retorcidas  
en el torso viril que te subyuga,  
con una gran palpitación de vidas.





## V

¡Qué enferma y dolorida lontananza!  
 ¡Qué inexorable y hosca la llanura!  
 Flota en todo el paisaje tal pavura,  
 como si fuera un campo de matanza.

Y la sombra que avanza . . . . avanza . . . . avanza,  
 parece, con su trágica envoltura,  
 el alma ingente, plena de amargura,  
 de los que han de morir sin esperanza.

Y allí estamos nosotros, oprimidos  
 por la angustia de todas las pasiones,  
 bajo el peso de todos los olvidos.

En un cielo de plomo el sol ya muerto;  
 y en nuestros desgarrados corazones  
 el desierto, el desierto . . . . . y el desierto!





## VI

¡Es mi adiós!... Allá vas, bruna y austera,  
por las planicies que el bochorno escalda,  
al verberar tu ardiente cabellera,  
como una maldición, sobre tu espalda.

En mis desolaciones, ¿qué me espera?....  
(ya apenas veo tu arrastrante falda)  
una deshojazón de primavera  
y una eterna nostalgia de esmeralda.

El terremoto humano ha destruido  
mi corazón y todo en él expira.  
¡Mal hayan el recuerdo y el olvido!

Aun te columbro, y ya olvidé tu frente;  
sólo, ¡ay! tu espalda miro, cual se mira  
lo que huye y se aleja eternamente.





## ENVÍO

En tus aras quemé mi último incienso  
y deshojé mis postrimeras rosas.  
Do se alzaban los templos de mis diosas,  
ya sólo queda el arenal inmenso.

Quise entrar en tu alma, y ¡qué descenso  
¡qué andar por entre ruinas y entre fosas!  
¡A fuerza de pensar en tales cosas  
me duele el pensamiento cuando pienso!

¡Pasó!.... ¿Qué resta ya de tanto y tanto  
deliquio? En ti ni la moral dolencia,  
ni el dejo impuro, ni el sabor del llanto.

Y en mí, ¡qué hondo y tremendo cataclismo!  
¡Qué sombra y qué pavor en la conciencia,  
y qué horrible disgusto de mí mismo!

MANUEL JOSÉ OTHÓN.





## UNA TRAGEDIA EN LA MONTAÑA

A Angel Zárraga.

En un pueblecillo de la montaña, vivían Pablo y su hija Julia, la sencilla vida agreste, labrando aquél los campos y pastoreando ella un rebaño de hasta veinte ovejas.

El pueblo se asentaba en la ladera de un monte, no muy lejos de un apacible valle abundante en yerbas y arboledas, tendido entre dos cadenas de altas montañas y surcado por la ondulante y sonora corriente de un arroyo, á cuyas riberas diariamente apacentaba Julia su manso ganado.

En esta mañanita las ovejas pacen apuradas, que á ello les incita el escozor del hambre mañanera y la sabrosura del verde y abundoso pábulo.

Estando el sol todavía oculto tras la montaña de mayor mole que al oriente se ve, cae del cielo tierna luz en sutilísima lluvia y, sin temor de ser lastimada por lampos luminosos, la pupila, cansándose, contempla la caprichosa crestería de los montes, aquí y acullá, manchada por nieblas dormilonas.

Balandando y comiendo las ovejas siguen á Nardo, el hermoso morueco que las guía con el cascado sonar de la esquila desven-

cijada pendiente de su cuello. Detrás, siguiendo ruta incierta, va Julia despabilada y con las mejillas sonrosadas por los frescos vientos vocingleros que murmuran en las frondas y sacuden las cañas.

Hato y pastora han seguido la corriente del arroyo y llegaron ya á las cercanías del alto monte, tras cuya cima surge el sol, y en cuya falda, entre rocas, vive un viejo roble y una cruz.

La cruz es tosca y añosa; la han vestido el musgo y los líquenes y siempre tiene homenajes de flores silvestres. Los pobladores de aquellos lugares le cuentan sus penas, pidiéndole ayuda, y todos los días le dicen plegarias humildes. A su pie, en una concavidad de la roca verdosa, la clara fuente cuelga en fresca cabellera temblante; chorrean las guedejas de cristal sobre la linfa que anida entre guijas y arenas, las aguas se besan riendo con loco gorjeo, se revuelven, murmuran, se agitan, burbujan, con ternura suspiran y temblando comienzan su camino por un sendero florido, soslayando en derredor del tronco del árbol.

Julia llama á Nardo, que obediente al

sigue y va hacia el roble; ante la cruz se arrodilla, fija en ella sus grandes ojos limpios y cándidos, entreabre sus labios sutiles y eleva su cotidiana oración, al concierto del murmullo de la selva, el sonar de la fuente y el tañir de la esquila de Nardo.

\* \* \*

Sentada en una piedra, veía Julia con amor, pastar á Nardo, que repentinamente alzó la cabeza, dando un doloroso gemido y cayó al suelo sacudiéndose en fuertes convulsiones. Julia, aterrorizada, corrió en su auxilio, trabajosamente le condujo al pie de la cruz y le dió agua, musitando oraciones; veía la cruz angustiada y suavemente frotaba el vientre del carnero que iba hinchándose. Nardo gimió viendo á su dueña con ternura, alargó el cuello, abrió mucho los ojos, sacudió las patas y murió.

Arrodillada Julia, tomó la muerta cabeza entre las manos y alzándola hacia la cruz, fijó en ésta sus ojos plañideros. Temblábale el labio y el alma también.

Al sonar de la esquila algunas ovejas acudieron, que silenciosas y tristes miraban á Nardo y á Julia, quien oía llorar á la fuente y al roble rezar.

\* \* \*

Las formas se diluyen en la tersa claridad del crepúsculo, las aves presurosas hienden el aire volando rumbo á sus nidos, y las frondas, adormecidas por el ardor de un día canicular, musitan apagados rumores al soplo del fresco aliento de la noche. Por las tortuosas veredas viene Julia, cabisbaja y triste, en pos del rebaño, camino de su casa; en la mano lleva la esquila de Nardo que al descuido menea, distrayendo con el tintineo su mente asaz melancólica y sombría.

\* \* \*

Encerró ya en el redil la humilde grey y en espera de su padre, descansa bajo el alero de su choza. Holgado su pensamiento, vaga mariposeando donde el azar lo lleva: en el cielo pálido se disipan las tintas crepusculares, trina un pájaro escondido entre el follaje de un árbol, pasan por el camino perezosos y cansados bueyes, canta un gallo, bala un cordero, las ráfagas de viento peinan los trigales y van á aullar en los desfiladeros de los montes. . . . La montaña se ennegrece, en un otero lejano se enciende una fogata, abren su corola las estrellas, rondan el cielo pardas nubes y el azul del firmamento ha oscurecido. Ladran los perros, se quejan los árboles, muge el viento; la noche impera. Julia siente vago temor, entra á su casa y á poco llega Pablo, á quien noticia la muerte de Nardo, que ha quedado junto á la cruz, bajo del roble.

Resolvió Pablo que fueran á traer el carnero, y á poco rato partieron. Ella alumbraba la ruta con una tea y caminaban silenciosos, que harto mohino iba el labriego para andarse con pláticas de que aun en propicias condiciones era bien parco.

Julia era medrosa y gran pavor ponían en su alma la soledad, la aplastante enormidad de las montañas, las cavernas misteriosas que repetían el ruido de sus pisadas, el graznido de los buhos, los reptiles que huían á su paso, los gemidos de los árboles y el bramar del viento. Cuanto la rodeaba parecía animado y presto á dañarla; sentía la hostilidad de la naturaleza, y bajo el amago de su amenaza caminaba de traspie en tropezón; de tropezón en caída; de sobresalto en congoja; de congoja en susto, y de susto en espanto, hasta que al fin llegaron á la falda del monte donde estaba Nardo.

Un tigre devoraba el carnero, y al ver

el ígneo resplandor de la tea, alzó la cabeza aprestándose al ataque. Pablo, al dar vuelta á una roca, vió dos ojos de vidrioso y siniestro relampaguear, retrocedió un paso y desenvainó su cuchillo. Rugió la fiera y le saltó al pecho echándolo de espaldas; crujieron sus huesos entre las fauces del felino y él le hundió su hierro en el costado. Con un borbollón de sangre hirviente lanzó el tigre un rugido de rabia y de dolor, y con sus postreras fuerzas y su postrer furor mascó y trituró el cuello de su presa. Julia, al oír el primer rugido, abrió los brazos, soltó la tea y gritando loca de terror corrió sin rumbo hasta que cayó en una sima. Vibraron en la montaña los rugidos del tigre y los perros aullaron despavoridos en los cortijos.

\* \* \*

Julia pasó la noche privada de sentido en el fondo de la sima. Rayaba el alba cuando volvió en sí, atontada y muy dolorida. Desde luego trató de darse cuenta del lugar en que se encontraba y recorrió su derredor con la mirada, quiso levantarse y no pudo hacerlo, porque tenía una pierna rota; en seguida se tocó la cabeza, que sangraba por una profunda herida, y al notarlo se asustó y comenzó á reflexionar. El recuerdo del tigre fué lo primero que acudió á su memoria. Pensó: mataría su padre al tigre y estaría herido? No se lo comería el animal? Ella corrió y de repente se hundió. Estaba en una sima; la buscarían seguramente. En vano de nuevo intentó levantarse, y gimiendo dejó caer la cabeza en el suelo vencida por el dolor de la pierna rota. Sentía mucha sed. Qué hacer? Tal vez alguno pasaba y la socorrería, y comenzó á dar voces: aquí estoy, auxilio! . . . aquí estoy, auxilio! . . . Después de un rato de gritar, calló, y vol-

vió á pensar en su padre. Lo mataría el tigre? Y ella también podía morir allí abandonada; pero la estarían buscando seguramente; y si no la encontraban? Debía gritar. Otra vez se perdieron en las concavidades de la montaña sus gritos angustiados. Aquí estoy, auxilio! . . . aquí estoy, auxilio! . . .

Oyó un ruido como de pisadas, alguien se aproximaba: aguzó el oído; —sí, alguien se aproximaba— aquí estoy. . . . mas nadie apareció. Quién haría el ruido? Algún pájaro, ó una culebra? Por algunos momentos quedó fija en la entrada de la sima sin ver nada. Cuando la expectación hubo pasado, sintió más aguda la sed, y con desesperación paseó la mirada á su alrededor y quejándose al cielo, á los árboles y á las piedras, gritó llorando: tengo sed. . . me muero. . . . tengo sed. . . . me muero. . . . y prorrumpió en gemidos iracunda y atormentada; quería volar, huir de esa tumba, transformarse y salir de su cuerpo. Tras este acceso decayó, y oscilando entre la esperanza y el desaliento, pasó horas y horas interminables. Dijo con fervor las pocas plegarias que sabía, implorando la ayuda de Dios y de la Virgen María, del Niño Jesús y del santo de la aldea. Invocó á su madre, que no conoció, que hacía mucho tiempo había muerto y que estaba en el cielo.

En sus ojos ya brillaba la fiebre y paseaba sus miradas en la altura. Un zopilote suspendió su giro, y por un momento permaneció inmóvil, como una cruz negra fija en el firmamento. Quedólo viendo, y distraída notó que comenzaba á moverse y describía una circunferencia y después otra y otra, y que iba bajando, bajando y siempre bajando, hasta que ya próximo se detuvo un momento para luego lanzarse sobre ella, que dió un grito y alzó las manos espantando al ave que huyó. Horrorizada comprendió que el zopi-



lote la quería comer y volvió á clamar: aquí estoy, auxilio.... aquí estoy, auxilio....

\* \* \*

Llamea el sol en un limpio cielo, pendien mustias las hojas de los árboles, reverberan el suelo y las rocas y el ambiente tiembla y palpita. La niña se cubre la cara con las manos y desvaría sedienta, abrasada por la fiebre. Se cree de rodillas ante la cruz añosa. La fuente cuelga su fresca cabellera temblante, chorrean las guedejas de cristal y juega el agua entre guijas, riendo con loco gorjeo: ella acerca sus labios al líquido y bebe y bebe, sin que el agua refresque su boca, ni sacie su sed....

\* \* \*

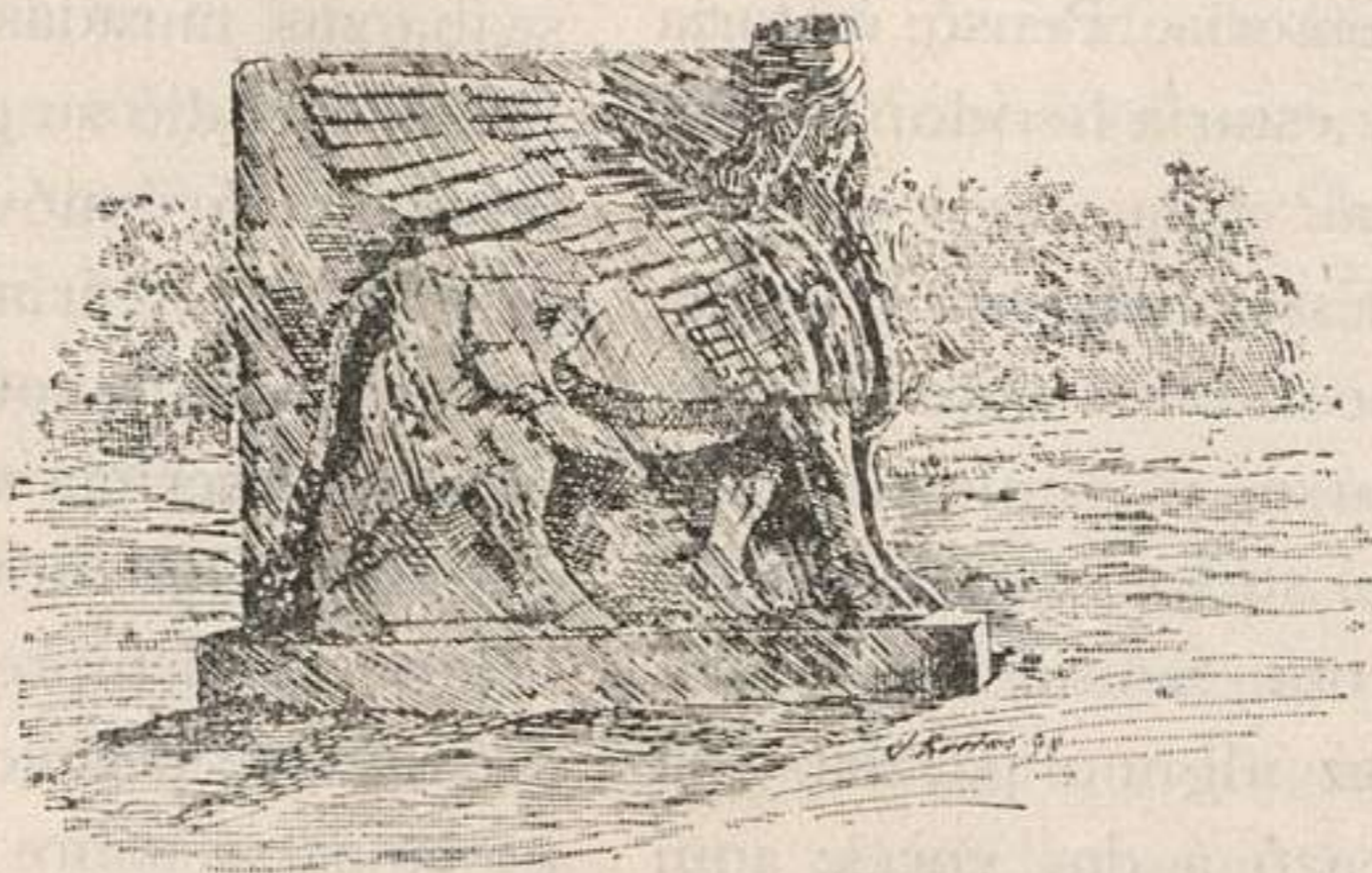
El sol declina, y en el bosque resuenan los golpes del hacha de un leñador. Julia tiene la boca entreabierta y con la lengua salida respira y resopla. Ha refrescado el ambiente, y ella siente arder sus entrañas. En vano ha llamado al leñador, sus ojos llamean encendidos por la fiebre, y de re-

rente los clava en el cielo, fijos en el zopilote, que de nuevo en lo alto aparece y que lentamente baja describiendo una espiral. Se agarrotan sus músculos, palidece su rígida faz y cierra los ojos. Cesó el ruido del hacha y canta un pájaro, que dejando un rumor de alas se va; ella, presa del delirio, cree huir entre las cadenas de montañas perseguida por el zopilote, y cuando cree estar á salvo, abre los ojos y ve al ave muy próxima descendiendo en espiral. Entonces grita pidiendo socorro, y el ave desciende y desciende hasta que como flecha se arroja sobre ella y feroz desgarrá sus carnes á picotazos. El leñador que pasa cerca de la sima, oye sus gritos y corre á salvarla.

Julia está loca; dice que ha tiempo murió, y errante recorre valles y montes buscando donde esconder su cuerpo de una ave que la sigue tenaz para devorarla. Los labriegos la creen endemoniada y le huyen haciendo el signo de la cruz. En la noche, en el día, en la luz, en la sombra, en la aldea y en el campo, bajo el cielo, no encuentra refugio. El ave la sigue tenaz.

México, Agosto de 1906.

RUBÉN VALENTI.





## CLARO DE LUNA

Altas y melancólicas virtudes  
velan junto á la tumba de mi amada  
y sobre su ataúd pone la luna  
una corona de sonrisas blancas.

De los cipreses lúgubres y escuetos  
que en el silencio se me antojan almas,  
parece que bajara lentamente,  
como un escalofrío, la Esperanza. . . .

¿Será verdad que ha muerto la divina  
Musa de luz que la ilusión me daba?  
Será verdad que ha muerto la que tuvo  
Síntesis de Universo en la mirada?

Sobre la losa lúgubre y silente  
ha caído la flecha de una lágrima,  
pero no me responde desde el fondo  
para consuelo de mi angustia, nada.

Sin embargo, en las noches apacibles  
que recuerdan las horas de la infancia,  
resurgen las burbujas cristalinas  
de los primeros juegos de palabras.

Y desde los cipreses pensativos  
que en el silencio se me antojan almas,  
parece que bajara lentamente,  
como un escalofrío, la Esperanza. . . .

MANUEL UGARTE.



JURIS POSITIVI PENALIS SCHOLA



*Com melle spectate utilitate Scholae nominare personam ad implendum officium De  
legato cum jurisdictione in Rom<sup>ae</sup> Haecianam, et vicariis constitutis  
necessariis ad fungendum officium istum in hanc  
facultatem delegatum cum nominamus*  
*Juris Doctori Pontis Altitati*  
*Delegatum*

Datum Santiago de abecima mensis Octobris anno Domini 1906

*Francisco Sanguinetti*  
CANCELLARIUS

*Abelino Garbano*  
DELEGATUS GENERALIS



J. RVELAS. 591

# ESCUELA POSITIVA PENAL

## DELEGACIÓN GENERAL DE LAS REPÚBLICAS HISPANO-AMERICANAS

ARGENTINA, URUGUAY,  
PARAGUAY, CHILE, PERÚ, BOLIVIA, ECUADOR, VENEZUELA, COLOMBIA,  
PANAMÁ, COSTA RICA, NICARAGUA,  
HONDURAS, EL SALVADOR, GUATEMALA, MÉXICO, CUBA,  
SANTO DOMINGO.

### NÓMINA DEL PERSONAL

#### PARAGUAY.

DELEGADO: Dr. Nicolás Herrera, residente en Asunción, nombrado el 1.º de Febrero de 1905.

#### CHILE.

DELEGADOS: Licenciado Sr. Tito Lisoni, residente en Santiago, nombrado el 17 de Octubre de 1905.—Dr. Juan B. Miranda, residente en Santiago, nombrado en la misma fecha.

SUBDELEGADO: Dr. Manuel Beca, residente en Valparaíso, nombrado el 10 de Agosto de 1906.

#### PERÚ.

DELEGADOS: Dr. A. M. Rodríguez Dulanto, residente en Lima, nombrado el 17 de Octubre de 1905.—Dr. F. Guillermo Romero, residente en Lima, nombrado en la misma fecha.

#### BOLIVIA.

DELEGADO: Dr. Isaias Casartelo, residente en la Paz, nombrado el 7 de Noviembre de 1905.

DELEGADO GENERAL para las Repúblicas Hispano Americanas: Dr. Luis Gámbara. Fecha del nombramiento, 24 de Febrero de 1904.

#### ARGENTINA.

DELEGADOS: Dr. Arturo Carassi, residente en Buenos Aires, nombrado el 5 de Mayo de 1904.—Dr. Carlos Arena, residente en Buenos Aires, nombrado el 7 de Mayo de 1904.—Dr. Bonaventura Trévere, residente en Rosario, nombrado el 15 de Mayo de 1904.

SUBDELEGADO: Dr. Nicolás Anone, residente en Córdoba, nombrado el 7 de Junio de 1904.

#### URUGUAY.

DELEGADOS: Dr. Luis Trucco, residente en Montevideo, nombrado el 28 de Septiembre de 1904.—Dr. Roberto Cardemil, residente en Montevideo, nombrado el 8 de Octubre de 1904.

**ECUADOR.**

DELEGADO: Dr. Benjamín Villanueva, residente en Quito, nombrado el 6 de Marzo de 1906.

**VENEZUELA.**

DELEGADO: D. S. Planas Suárez, residente en Caracas, nombrado el 10 de Agosto de 1906.

**COLOMBIA.**

DELEGADO: D. Adolfo León Gómez, residente en Bogotá, nombrado el 10 de Agosto de 1906.

**PANAMÁ.**

DELEGADO: D. Julio Arjona Q., residente en Panamá, nombrado el 10 de Agosto de 1906.

**COSTA RICA.**

DELEGADO: D. Rafael Angel Troyo, residente en Cartago, nombrado el 10 de Agosto de 1906.

**EL SALVADOR.**

DELEGADO: D. Ramón Mayorga Rivas, residente en el Salvador, nombrado el 10 de Agosto de 1906.

**HONDURAS.**

DELEGADO: D. Froilán Turcios, residente en Tegucigalpa, nombrado el 10 de Agosto de 1906.

**NICARAGUA.**

DELEGADO: D. Santiago Argüello, residente en León, nombrado el 10 de Agosto de 1906.

**GUATEMALA.**

DELEGADO: D. Francisco Contreras, residente en Guatemala, nombrado el 10 de Agosto de 1906.

**MÉJICO.**

DELEGADO: D. Jesús E. Valenzuela, residente en Méjico, nombrado el 10 de Octubre de 1906.

**CUBA.**

DELEGADO: D. Aristides Agüero, residente en la Habana, nombrado el 10 de Agosto de 1906.

**SANTO DOMINGO.**

DELEGADO: D. Enrique Henriquez, residente en Santo Domingo, nombrado el 10 de Agosto de 1906.

\*  
\* \*

Los señores Delegados y Subdelegados en cada país, deberán seguir las siguientes instrucciones:

1.º Remitir anualmente, á pedido de la Delegación General, una relación sobre los crímenes de mayor importancia que hayan sucedido en el año, con las observaciones sobre la índole siquica del criminal y las circunstancias dignas de mención que hayan precedido ó seguido el crimen, y forma en que fué consumado;

2.º Remitir las monografías ó trabajos que se publiquen en cada país sobre las materias que se relacionan con la antropología y antropometría criminal;

3.º Remitir los reglamentos adoptados en cada Estado en los establecimientos penales y correccionales de ambos sexos;

4.º Remitir los datos craneográficos y antropométricos de los criminales de mayor importancia;

5.º Remitir la historia clínica de las enfermedades mentales que presentan mayores rasgos de importancia, y que predominen en cada país;

6.º Suministrar los datos sobre el estado sanitario de cada país.

Los señores Subdelegados remitirán sus notas y datos á los señores Delegados de la capital de la República, quienes á su vez los remitirán al Delegado general.

Santiago de Chile, Octubre 15 de 1906.

L. GÁMBARA,  
Delegado general.



## EL POEMA DEL LAGO

A JESUS E. VALENZUELA.



I

A un árbol del camino.

¿Qué dice tu nervioso gesto de *Selva obscura*,  
árbol vetusto y seco, sin una verde rama?  
Con cicatriz de hachazos y quemazón de llama  
como un espectro tiendes tu sombra en la llanura.

¿Qué dice, viejo inmóvil, tu fiera crispatura?  
¡Tremendo y misterioso debe de ser tu drama!  
Parece que te encoges y al cielo que te infama  
quieres lanzar tu grito de inmensa desventura.

Es trágico el profundo silencio de las cosas:  
lo inanimado sufre dolencias pavorosas,  
ignotos infortunios que no tienen consuelo;

porque la Vida es toda crueldad, y es inconsciente,  
porque es la tierra á todo dolor indiferente,  
y es impasible y muda la inmensidad del cielo.



## II

Paisaje matinal.

¡Qué soledad augusta! ¡Qué silencio tranquilo!  
El lago, quieto, monorítmicamente canta,  
y sobre el sauce cuyas frondas me dan abrigo,  
un pájaro su flébil cancioncita levanta.

En las perladas linfas como una red de hilo  
de cristal blanco, tiende la luz, que se abriga  
con las ondulaciones, su claridad. Y un filo  
de sol culto en una nube que se adelanta,

corta, sereno y frágil, las aguas á lo lejos.  
En las violetas cumbres, tapices de reflejos  
desgarran, al capricho, sus ocres bordaduras.

Y una distante barca, despliega, puro y leve,  
sobre la azul atmósfera, su triángulo de nieve  
que brilla bajo el hondo zafir de las alturas.



## III

Tarde serena.

Es un gran vidrio glauco, y es terso y transparente,  
y copia, espejeante, la playa florecida,  
con un matiz tan rico, tan claro, tan valiente,  
que el agua da á colores y á formas, nueva vida.

La sierra, al esfumino, se borra de allá en frente,  
como una nube incierta que al cielo va prendida,  
y, voluptuosa y fresca, columpia la corriente  
un haz de lirios muertos bajo la luz dormida.

El lago, soñoliento, no canta *sotto voce*,  
no tiembla. Vive en una tranquilidad que asombra;  
presto vendrá el crepúsculo con su oriental derroche;

el lago, limpio y terso, como una verde alfombra,  
espera á que lo agiten las alas de la noche,  
ó, en tempestad, lo encrespen, las manos de la sombra.





## PRIMER INTERMEDIO ROMÁNTICO

### IV

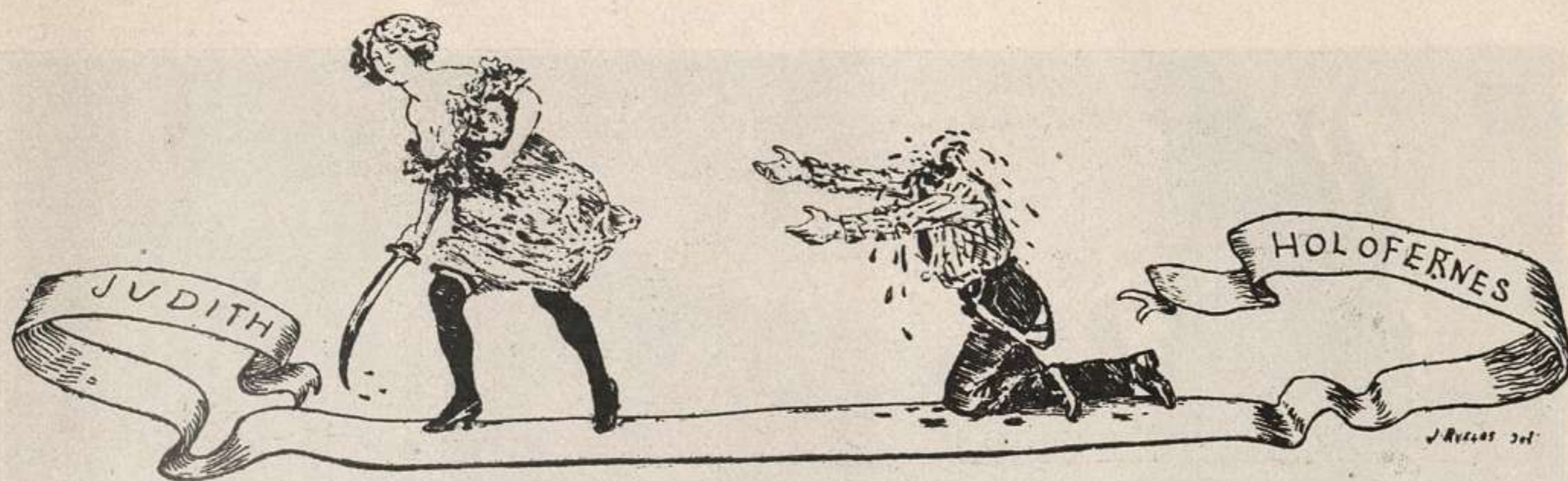
Para una amiga lejana.

Es diáfano el crepúsculo. Parece de joyante cristal. Abre en el cielo su ágata luminosa. Y es un velo en que el azul del lago desfallece.

En ámbares cloróticos decrece la luz del sol; y ya en el terciopelo de la penumbra, como flor de hielo, una pálida estrella se estremece.

Mientras las aves lentamente giran, la sombra avanza que los oros merma, y entre la cual las púrpuras espiran.

Yo dejo que mi espíritu se aduerma, y me pongo á pensar en cómo miran tus ojos tristes, de esmeralda enferma.



## V

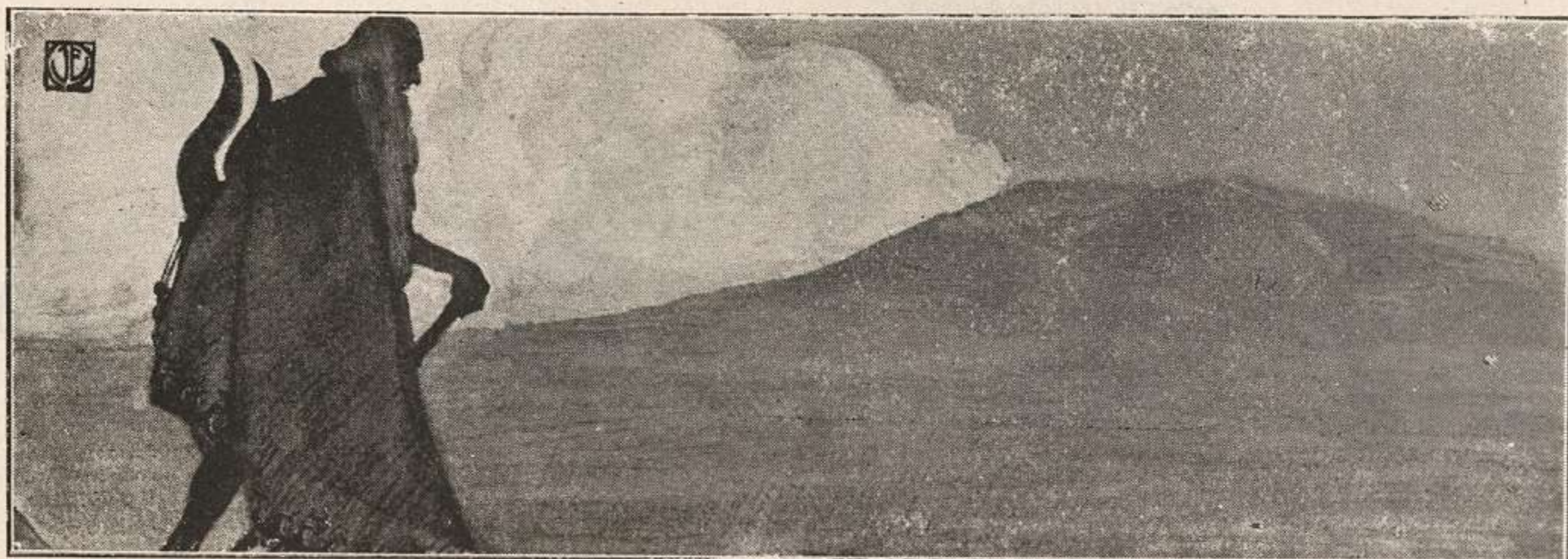
Día nublado.

El viento arruga y mueve pesadamente el lago,  
que se levanta en olas de obscura refulgencia;  
el horizonte extiende su azul brumoso y vago  
lo mismo que las aguas su gris opalescencia.

Hay una nube inmóvil, con el perfil de un mago  
medioeval, en la cumbre de la montaña. Herencia  
de la noche lluviosa, cual iracundo amago,  
la nube mancha un cielo de suave transparencia.

Una mañana fría, de opaco claroscuro.  
El sol, que las montañas pálidamente dora,  
deja en el aire un tinte blanco, glacial y duro.

Y un árbol viejo, en medio de la calma infinita,  
al borde de la margen, sobre el agua sonora,  
parece un triste anciano que en su dolor medita.



## VI

## Luces y carnes.

Rayos de luz en plenitud, esmaltan  
 el gris del lago, en claridades blondas,  
 y son insectos de cristal que saltan  
 sobre la turbia seda de las ondas.

En las vecinas márgenes exaltan  
 el verdor enfermizo de las frondas,  
 y de la sierra en el confín, cobaltan  
 las lejanías. Junto á las redondas

redes, que están al sol, desnudos juegan,  
 y á sus retozos cándidos se entregan,  
 dos niños en la arena de la orilla;

y la luz, de doradas palideces,  
 en aquellas obscuras desnudeces,  
 con maternales complacencias, brilla.



## VII

## El buey.

Uncido á la carreta va el buey, grave y austero,  
y su ojo reproduce, no el campo verde, como  
lo vió Carducci, sino la inmensidad de plomo  
del lago que finge una gran lámina de acero.

La arena de la playa le sirve de sendero,  
y el sol, que está en lo alto del infinito domo,  
unta sus refulgencias en el sedño lomo  
y clava su aureola sobre el testuz severo.

El animal camina con majestad estoica,  
y ante la fuerza plástica de su figura heroica,  
despiértase un recuerdo clásicamente ambiguo;

que, á las evocaciones, es el buey melancólico,  
en la hoja de *papyrus* exámetro bucólico  
y el frontón del templo bajo relieve antiguo.



## VIII.

El triunfo del azul.

El rosicler ardiente de la mañana pinta  
 el lago, de una pálida sangre de rosas. Quietas  
 están las aguas donde, como una frágil cinta,  
 la luz ondula y abre sus caprichosas grietas

de plata. Y, á lo lejos, en carmesí se entinta,  
 el cielo en que las cumbres recortan sus siluetas;  
 las púrpuras se funden en vahos violetas,  
 y queda al fin del rojo la claridad extinta.

Triunfa el azul, en gloria; triunfa el azul tramado  
 de argentos y de oros, como imperial brocado;  
 es el azul profundo que baña de luz pura

al promontorio rígido y al lago que se enarca,  
 y sólo, en lo distante, la vela de una barca  
 pone su dulce nota de virginal blancura.



## IX.

## La hora mística.

Se enciende el oleaje, como á la luz se enciende  
la leche de los ópalos, en fuegos repentinos;  
y la onda turbia lumbres metálicas desprende,  
si en su volar la rozan los pájaros marinos.

El sol, en desmayadas claridades, desciende  
y empapa el horizonte de tonos ambarinos,  
rompe con lanzas de oro los cúmulos, y prende  
rubíes, de las velas en los flotantes linos.

Es la hora letárgica de la melancolía,  
todo está mudo y triste; ya va á apagarse el día;  
dilúyese en la sombra cuanto en la tierra alumbra.

Sólo en la iglesia humilde, refugio de oraciones,  
lucen, como dos puntos rojizos y temblones,  
las llamas de dos cirios que pican la penumbra.



## SEGUNDO INTERMEDIO ROMÁNTICO

X.

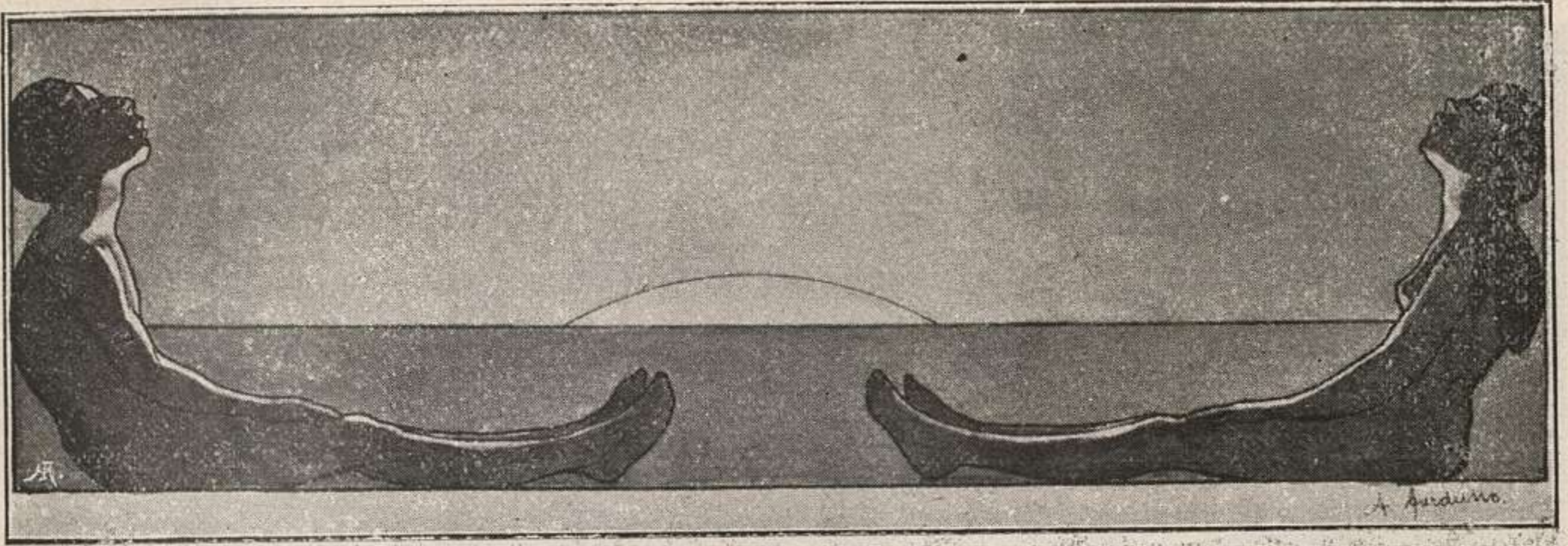
A una onda.

Arrulla con tus líricas canciones  
 onda terca que vienes de tan lejos  
 enjorada de luces y reflejos,  
 arrulla mis postreras ilusiones.

La Juventud se va; se van sus dones;  
 del placer, quedan los amargos dejos;  
 de la pasión los desencantos viejos,  
 y del dolor, las tristes emociones.

Queda la vida que el instinto afianza,  
 queda el recuerdo del amor perdido,  
 y queda el ideal que no se alcanza.

Tú, que cantando sueños has venido,  
 onda lírica, dame la esperanza,  
 y si no puede ser . . . dame el olvido.



## XI.

## Puesta de Sol.

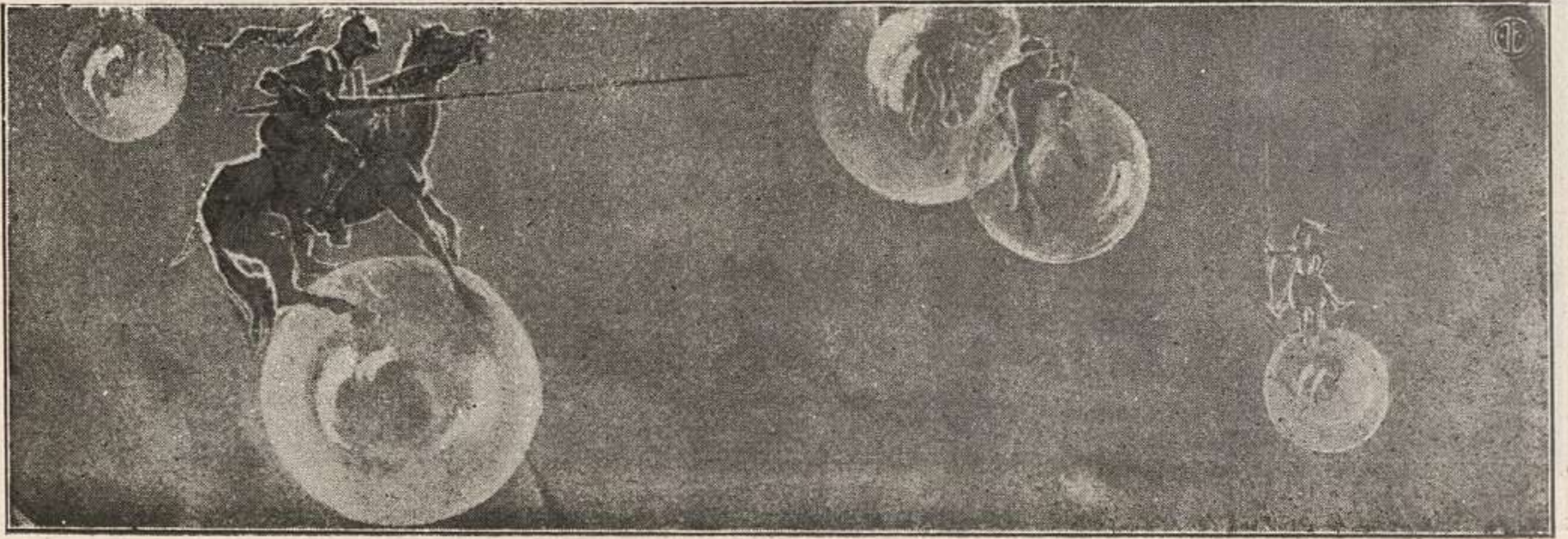
....Y fueron de la tarde las claras agonías.  
 El sol, un gran escudo de bronce repujado,  
 hundido entre los frisos del colosal nublado  
 dió formas y relieves á raras fantasías.

Mas de improviso, el Orto, lanzó de sus sombrías  
 fuertes y cenicientas masas, un haz dorado,  
 y el cielo, en un instante vivo y diafanizado,  
 se abrió en un prodigioso florón de pedrerías.

Los lilas del Ocaso se tornan oro mate,  
 pero aun conserva el agua su policroma veste  
 —sutiles gasas cremas en brocatel granate.—

Hay una gran ternura recóndita y agreste,  
 y el lago, estremecido como una entraña, late  
 bajo la azul caricia del esplendor celeste.





## XII.

Voces en la sombra.

En el silencio triste de la noche que empieza se oye una voz que viene de lejos, de una mancha distinta en las penumbras solemnes, de una lancha que sobre el horizonte su mástil endereza.

Bronca es la voz, de un timbre de salvaje fiereza; mas al cruzar del lago por la sonora plancha, quién sabe en qué misterios musicales, ensancha la canción, su doliente y adorable tristeza.

Solloza humanos duelos la popular y ruda canción, y los desgrana sobre la noche muda. . . . —son del dolor perenne los viejos estribillos.—

Una alma primitiva cantando está un tormento, y es una voz que lleva por acompañamiento el diálogo estridente de los insomnes grillos.



### TERCER INTERMEDIO ROMÁNTICO

#### XIII.

##### Vidas inútiles.

Salpicadas de aljófares las sensuales corolas  
se abren, urnas de seda, bajo el clamor del día;  
son lirios y nenúfares, son lotos y amapolas  
que á flor de agua, en la margen, van sobre la onda fría.

Es un jardín flotante. . . . ¡Ah, yo me inclinaría,  
yo hundiera mis dos manos en las crujientes olas,  
para cortar un cáliz. . . . ¡Pero es que vivo á solas,  
no hay alma que me espere ni á quien le nombre mía!

Loto que yo arrancara porque lleno de unciones  
durmiera entre las hojas de un libro de oraciones,  
púdrete á flor de agua. . . . ¡Qué igual es nuestra suerte!

Yo floto en mi tristeza, que es honda y que no brilla.  
en tanto que los vientos me arrancan de la orilla,  
con rumbo á las obscuras riberas de la muerte.



## XIV.

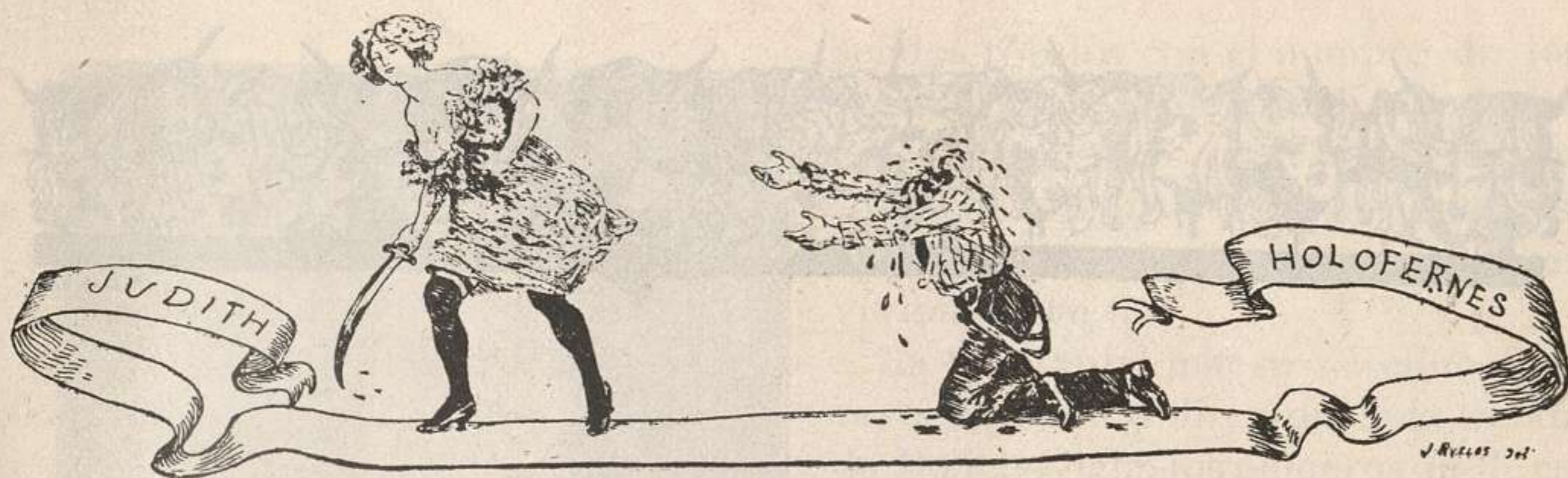
Noche clara.

Blanco de ensueño, blanco de los polares días,  
 blanco que fosforece, que las linfas estaña,  
 blanco en que se deshace la sombra en una extraña  
 niebla azul y profunda que borra lejanías.

La ondulación es lenta, rayada con estrías  
 de luz —maravillosa é inmensa telaraña  
 cuyo tejido frágil se rompe cuando baña  
 el remo, la corriente de mudas ondas frías.—

Entonces —¡qué prodigio!— ya el remo que se mueve  
 sobre el lago salpica gotas de plata y nieve,  
 que marcan de los botes los caprichosos giros,

hasta que al fin se pierden con su movible estela  
 en la remota bruma —la azul y blanca vela  
 que es polvo de diamantes en humo de zafiros.—



## XV.

Envío.

A tí, viejo poeta, con quien crucé yo un día,  
 gozoso é impaciente, los lagos del Ensueño;  
 —tú eras robusto y grande, yo débil y pequeño,  
 mas tu barca de oro dió asilo á mi alegría.

Tu juventud ilusa fué hermana de la mía;  
 tu empeño, noble y alto, fué amigo de mi empeño;  
 hoy que es fronda de Otoño nuestro brote abrileno,  
 tu pena es camarada de mi melancolía.—

A tí va mi poema, vivido frente á frente  
 del agua y de los cielos, en una hora clemente,  
 pasada en el regazo de la Naturaleza.

Va á despertar, si puede, dormidas añoranzas;  
 á reencender, si sabe, rescoldos de esperanzas,  
 y á divertir con sueños, tu plácida tristeza.

Diciembre de 1906.

LUIS G. URBINA.



## LA VELADA DE OTHÓN

«Fedón:—Cuando elogias con tanto calor la belleza de mis cabellos, ¿no temes, ¡oh Sócrates! las críticas de tus enemigos?»

Sócrates:—De seguro, ¡oh Fedón! pero ¿por qué plugo á la naturaleza dárteles tan hermosos? . . . .»

Cuando Atropo, indiferente, cortaba en el simbólico estambre la vida de Manuel Othón, nos dejaba el consuelo de enaltecer al poeta, de glorificar su obra, de llevar á los hombres ante su tumba recién abierta, de abrir un paréntesis en los días mediocres de la vida cotidiana y llenarlo con la recordación de esa gran figura serena y ática, con la mansa luz que se desprende de ese espíritu de elección, á quien tocó en suerte encontrar en este pedazo de tierra tan poco helénico propicio á sistros de sonidos falsos, las cañas eternamente sonoras de los pastores de Filondas.

Y el homenaje fué solemne. El Director de esta "Revista," todavía con el fresco laurel de "Lira Libre" sobre su frente, presidió el acto, rodeado de un patriciado lírico. Al verlo allí, con su perfil enérgico rematado en el agu-

do mentón, un tanto enflaquecido por los padecimientos físicos, con una llama juvenil en los ojos, al lado de la Sra. Fábregas de Cardona, en medio de jóvenes artistas, pasaron por nuestra memoria los líricos torneos que iluminaron los cielos provenzales bajo



Sra. Virginia Fábregas de Cardona.



Rafael López.

el reinado de Clemencia Isaura, y un voto sincero salió de nuestro corazón, porque se prolongue indefinidamente una vida cara á los hombres y á los dioses.

El homenaje fué solemne, sí; alcanzó la grandeza del rito bajo la majestad de la nave; y los negros crespones, las ramas funerarias y los coros de plañideras, fueron sustituidos por la exaltación glorificadora y el esplendor del apoteosis. No son estos tiempos mejores que los de antaño, y si entonces el filósofo griego sacrificó un gallo á Esculapio en el instante de morir, en acción de gracias por esa medicina suprema, ¿por qué no acudir á los gloriosos címbalos, cuando un poeta como Manuel, acaba de franquear los dinteles de la inmortalidad?

Así, el teatro del Renacimiento no mostró más ornato que, en el salón,

sendos rótulos con el nombre de los periódicos de la Metrópoli y un busto en el proscenio —obra del escultor Argüelles Bringas— del insigne desaparecido, cubierto de palmas reales y violetas en flor.

La batuta del maestro Velino Preza, el entendido director de la Banda de Policía, llenó los números que le estaban encomendados en el programa, con su habitual maestría, y parece que las notas triunfales del "Guillermo Tell," pese al fruncimiento de cejas que sorprende en el semblante de algunos *virtuosos*, envolvieron al público en su onda sonora, dándole ese estado de llama que un esteta exigía siempre en el auditorio: la llama del entusiasmo, predisponiéndolo así gratamente para escuchar los hermosos sonetos de Othón, dedicados á Clearco Meonio, y que fueron leídos por el Sr. Ricardo Mutio.

Luis Moctezuma —hierático sacerdote de un culto divino— hizo gemir bajo sus dedos evocadores, el alma atormentada de Chopin. La melancolía ingénita, de raza, típica del ejecutante, se hermana íntimamente con la tristeza genial del Polaco; además de la parte puramente mecánica, se advierte en Moctezuma la nota personalísima de su temperamento de artista, tangible en la honda emoción que produce. El esplendor del aplauso damasquinó de oro la negra queja vibrante de su nocturno.

La "Noche Rústica de Walpurgis," quizás el más notable poema de Othón, por la doble riqueza del pensamiento y de la rima, fué dicho por la señora de Cardona y nuestro Urueta, alternativamente. En un religioso silencio, semejante tal vez al que guardaba la gente griega cuando oía recitar las voces corales en las tragedias de



Jesús Urueta.

Sófocles, se elevó la voz femenina y el acento viril, poblando el aire con la columbina pureza del endecasílabo othoniano, ya gárrulo y clarosonante como la canción de las fuentes en los pensiles tesoros de D'Annunzio, bien triste y gemebundo como el viento de otoño que murmura su lúgubre balada en los cipreses del cementerio, ora trágicamente doloroso como el grito de *los que van á morir sin Esperanza...*

Todas las rosas del aplauso florecieron bajo los brodequines de la bella, y nosotros comprendimos la sabiduría del alma antigua, que declaraba á la mujer de esencia divina, cuando ésta le mostraba la perfección de la forma.

Pedro Valdés Fraga ejecutó en el violín, con su arco magdyar, la Cavatina de D'Ambrosio, lípidamente.

Y en este intermedio, la Comisión de recepción, á cargo de nuestro compañero D. Emilio Valenzuela, repartió á las personas que concurren á la Velada, artísticas *brochures* impresas lujosamente, que contenían un buen retrato de Othón y su Noche Rústica de Walpurgis, con ilustraciones profusas.

Después se reanudó el acto con una Elegía recitada por Rafael López.

Ernesto Elorduy, que para hacer honor á su cara de dios Término, lleva en el corazón la risa ateniense, y además, una ráfaga creadora tras las arrugas de la frente; ese viejo silvano que triunfa como un penate familiar en todos los hogares, fastidiado por niñas zangolotinas que lo *golpean*, y glorificado por niñas artistas que lo interpretan, trajo también su dón de centauro para enriquecer esta guirnalda: un haz de coronales anémonas y de melancólicas violetas que regó tiernamente sobre el recuerdo del bardo. El éxito de su composición musical midió el valor en que lo tiene el México artista, pues si Elorduy es el encanto de la generación actual, será la alegría de la generación de mañana; por eso, cuando se inclinó bajo el arco de triunfo de la ovación, creímos ver ardientes rosas entretrojadas en sus canas, como en la testa de Anacreonte.

Henos aquí, por fin, en la nota suprema de esa noche, en el inolvidable momento en que Jesús Urueta se presentó ante el público, imprimiendo al proscenio, con su severa figura de tribuno, la amplia majestad del foro antiguo. Con su cráneo relievado en el frontal como por la perpetua eclosión del pensamiento, con los hombros caídos y como agobiados bajo el peso de latentes glorias, es una transfor-



Jesús E. Valenzuela.

mación la que en él se efectúa al medir con reposados pasos las tablas del proscenio, como si tomara las dimensiones de su pedestal. Su discurso, bello y multánime como el canto de Bión en la muerte de Adónis, tuvo del Panegírico y del Epigrama, del *Te-deum* y de la Elegía, que todas las formas le están sometidas como soberano de la Literatura. Con aquella opulenta riqueza que le permite usar de todos los disfraces, hasta de los más excelsos, fué sucesivamente analítico é inspirado, intuitivo é irónico, erudito y poeta. Supo, en Othón, exaltar hasta un lumíneo cielo de apotheosis al artista y al hombre; conmovió, hasta las lágrimas, cuando hizo pasar al auditorio por la noche obscura y solitaria por donde el poeta

buscaba lleno de fe, su camino de Damasco; el evangelio de la estética ruskiniana tuvo en sus labios la grandeza y la fuerza que sólo da el sacerdote ó el iniciado; tronó contra los melendos indignos que encubren cráneos repletos de estulticia tras las estúpidas cabelleras largas, y en un epílogo triunfal de superlativa belleza, vengó á los poetas con un apóstrofe sublime de la indiferencia del oro y de la dureza del hierro, la sístole y diástole que agita el corazón del burgués....

Aún sacudía el aire la tempestad del aplauso, cuando el Sansón y Dalila de Saint-Saenz, magistralmente ejecutado por la Banda de Policía, puso fin á la noche lírica, que cobijó amorosamente bajo un manto de estrellas el recuerdo de Manuel Othón.

Y concluimos ya, dejando consignado ese recuerdo en las columnas de nuestra publicación. Válganos la persistente memoria del poeta eximio, para que lo libre de la disolución, á manera de las estelas conmemorativas que solían levantar nuestros padres en los lugares donde vivieron.

El Director de esta «Revista» hace público su agradecimiento al Sr. D. Francisco Cardona, por haber proporcionado su teatro para la realización de la Velada; á la Sra. Fábregas de Cardona, que llevó á la solemnidad del acto el armonioso trébol de su bondad, de su inteligencia y de su hermosura; á la Prensa en general, que no escatimó en sus reseñas la cordialidad ni la galantería; al Sr. Coronel D. Félix Díaz, por el valioso concurso que prestó, y á la culta sociedad mexicana, que tan gentilmente acudió á su llamado.





## ELEGIA

Dicha en la Velada celebrada por esta "Revista," en honor de Manuel J. Othón.

Agreste musa antigua de la campaña griega  
 que exultas la solemne vendimia y en la siega  
     soplas la avena de Helicón;  
 abeja de las églogas y el pastoral idilio  
 que acendras en las ánforas etruscas de Virgilio  
     la dulce miel de tu canción;

Esconde los prestigios de tu belleza, opaca  
 el apolíneo encanto, la risa dionisiaca,  
     depón el cálamo á tus piés;  
 y en la aflicción marmórea de la doliente Niobe,  
 inclina la cabeza frente al furor de Jove.....  
     Busca la sombra del ciprés.

Y tú, Naturaleza de formas caprichosas,  
 lleva á su tumba el duelo de seres y de cosas,  
     tiemble un gemido en tu gran voz;  
 porque ese muerto ilustre de los cinceles digno,  
 en tus eternas pautas grabó un sonoro signo  
     que es eco tuyo y tornavoz.

Contempla el alto sueño de su alma melancólica  
que alumbra la Walpurgis polífona y simbólica  
con un destello de tu amor;  
su fístula argentina de ritmo rusticano,  
dialoga con el grillo y alaba al perro hermano  
como el Seráfico Pastor.

Y el Himno de los Bosques es despertar de frondas  
ossiánicas, un salmo triunfal de voces hondas,  
oye el que pasa por allí;  
y su jugoso verso como las pomas, grave  
cual oración que asciende, canoro como un ave,  
tiene fragancias de benjuí.

Muda está la siringa rural de siete cañas  
que cautivó los ecos en valles y montañas,  
que amó las rosas del pensil;  
así la resonante cigarra en el verano  
monodia en las planadas y alegra el altozano  
con su romance pastoril.

Por eso en su sepulcro las frondas cupresinas  
cuelgan calladamente sus fúnebres cortinas  
y el sáuz despliega su dosel:  
y en tanto que en la noche lo arrulla Filomela,  
cerca el cocuyo errante su lámpara revela  
y erige Dafne su laurel.

Por eso hoy están tristes los vértices aislados  
de las musgosas cumbres, los plácidos collados,  
lo mismo el valle que el alcor;  
muere el fogón rojizo que humea en los bohíos  
y hasta la madre tierra siente á los padres ríos  
torvos correr, sin un rumor.

.....

Duerme, poeta, duerme; nada el silencio trunca,  
que su rugido acalla la fiera en la espelunca  
y su bigarro el huracán;  
mustias se ven las cuencas del manantial enjuto,  
y la pezuña hendida sosiega el fauno hirsuto,  
ante la muerte del dios Pan.

Duerme, poeta, duerme; señalará tu fosa,  
no el túmulo lapídeo donde la cruz se posa  
como un augurio y un dolor,  
sino los rojos mirtos que al rubio sol del Lacio  
sangrientos errumpieron en el jardín de Horacio  
para la gloria y el amor!!

RAFAEL LÓPEZ.





## A MANUEL JOSE OTHON

Palabras pronunciadas en la Velada que organizó la "Revista Moderna,"  
en el Teatro del Renacimiento, la noche del 4 de Enero de 1907.

.....  
y al fin en el Amor los ojos cierra:  
pues, ¿dónde hay más amor que el de la muerte  
ni más materno amor que el de la tierra?"

SEÑORAS Y SEÑORES:

Así exclamaba Othon, hace poco tiempo, evocando, en filial Elegía, la imagen de un maestro venerable que logró conservar en las canas de una vejez amada de todos, la divina aureola que sólo brilla en la cabeza de los niños. Presentía quizá nuestro poeta el no lejano reposo de su espíritu fatigado; tal vez deseaba ya descansar en el materno amor de la tierra, con la ansiedad dolorosa que late en ese terceto, en cuyo ritmo se oye el anhelante golpear de un corazón. Y la muerte le fué amiga, cumpliendo fiel y cariñosa su íntimo voto. Por poca ternura que se tenga en los sentimientos, conservamos en el fondo del corazón una especie de capilla sepulcral en donde viven aún los que ya no son, los que hemos amado y amamos. Embalsamados en los aromas del recuerdo, surgen apenas se les evoca, responden cuando se les interro-

ga, y parece que vuelven realmente á su antigua existencia para compartirla con nosotros: tanto así sus pensamientos se mezclan á los nuestros, tanto así son capaces de resucitar las cosas pasadas que habíamos creído muertas. Es una aparición: si cerramos los párpados, nos imaginamos verlos con sus actitudes familiares; si ponemos atención, creemos oír su acento. Entre los que habitan mi necrópolis interior —ay! ya muy poblada por tantos seres que me fueron queridos— Manuel Othon es uno de los que llamo y llamaré con más frecuencia, para hablar con él de los tiempos pasados, de los amigos comunes, de los recuerdos que se prenden y florecen con la tenacidad de la hiedra entre las ruinas de la Esperanza . . . .

Pensaba Xenofonte que hay muy poca diferencia entre calumniar á un hombre y decir cosas indignas del genio ó de la virtud de quien se habla. Yo estoy seguro de no calumniar al poeta por lo mucho que lo admiro y de no calumniar al amigo por lo mucho que lo quise. Por eso, señores, he solicitado venir á esta tribuna.

Pero, para hablar dignamente de este poeta que con pasión amó á la madre Na-

turalidad, es preciso sacarlo de las escuelas de los eruditos y de las academias de los retóricos, y restituirlo á su pueblo, al pueblo de la montaña y de los campos, al pueblo de agricultores y de trabajadores que pasa su existencia sin hacer ruido, como las corrientes que fertilizan, y que es la médula vigorosa de la patria, la trama sólida y resistente de nuestra vida nacional, sobre la cual el genio y la ambición de algunos bordan pomposamente las gloriosas escenas de la historia! Sangre de ese pueblo y alma de esas almas fué Othón. Almas sordas, ay! si, almas que todavía no oyen la canción del ensueño, el himno de los bosques que va murmurando en la carga de ramajes verdes que lleva el campesino en las espaldas; pero almas de poderosas savias vírgenes, capaces de producir al poeta que tradujo las estrofas de plegaria y de amor que cantan dentro de esos ramajes sobre esas espaldas de servidumbre y de miseria!

En los campos creció y vivió, con hábitos de silencio y de meditación; el quieto paisaje armonizaba con su tranquila vida, y de la temprana comunión de su alma con la naturaleza aspiró una melancolía serena, que es el fondo sobre el cual vuelan, sonriendo detrás de las lágrimas, sus fantasías de la juventud, y la base sobre la cual se levanta el pensamiento triste y alto de su virilidad. Para Caton, la tierra era el instrumento del lucro; nuestro poeta creía con Virgilio —su maestro y su guía— que la tierra es la madre piadosa de los hombres iguales. Este hondo amor que tenía á la tierra, fué el refugio seguro de sus desilusiones, el abrigo fiel de sus amarguras; y debido á ese amor, pudo el alma del poeta, lastimada por las crueldades y falsías del mundo, absorber por la misma herida la inmensa frescura de la esperanza y de la fe. . . . Por eso su pensamiento ascendía siempre, más alto cada vez, en la suprema visión del bien; en su arpa se oían trenos sagrados, melodías seráficas, y su Dios de piedad le inspiraba piedad para todos los dolores, para todas las desventuras, para todas las miserias, poniendo en sus estrofas el verbo

de fuego y de sangre que recogieron las mujeres evangélicas de los labios espirantes de Cristo. . . .

El sentimiento que tenía Manuel Othón de la naturaleza física y de los diferentes aspectos de la creación, más que de una idea filosófica ó religiosa bien definida acerca del mundo, considerado como obra de una voluntad y de una inteligencia supremas ó como forma variable de un fondo eterno, provenía de su organización particular de poeta, de su sensibilidad propia de artista. Para Othón, la naturaleza no tiene redes ni engaños que hagan tropezar y caer en el pecado al hombre bueno; es, por el contrario, bajo la mano de una providencia vigilante, un velo transparente que el espíritu levanta sobre el abismo infinito de donde salen todas las cosas y al cual todas las cosas vuelven. Y Othón, que estaba muy lejos— como hombre cordialmente religioso— de profesar las estrechas doctrinas —las impías doctrinas— de la mortificación y del renunciamiento ascéticos, se abandonaba á la naturaleza con la confianza con que se aduerme un niño en los brazos de la madre, porque la creía buena y pura, saludable y divina, hija de Dios por las inspiraciones que exhala, por los consuelos que prodiga, por las primaveras con que rejuvenece el alma, legítima en sus amores, sagrada en sus cantos, exuberante en sus himeneos: en Homero —que es el primer poeta pintor— cuando Júpiter y Juno envuelven su nupcia olímpica con la nube de oro sobre las cimas del Ida, la tierra florece abajo de ellos brindándoles, regocijada, un tálamo de jacintos y de rosas!

Este amor era la riqueza inestimable del poeta. Alguna vez me decía: Cree «Caton» que esas montañas épicas, que esas llanuras nutricias, que esas corrientes que fecundan la sementera, son tuyas. ¡Qué ilusión! Es el dueño de esas cosas sólo por sus títulos de propiedad; en cambio, yo soy el dueño de la «belleza» de esas cosas, por mi admiración y por mi amor, y lo seré mientras tenga ojos y alma! Son, pues, más mías que tuyas. Esta divina facultad de la

admiración, que es la verdadera y más noble alegría del espíritu, que es, quizá, el secreto único de la felicidad, la tenía desarrollada Othón en el grado altísimo de un sacerdote de Ruskin. Conocéis el divino Evangelio del profeta de la Belleza: «para el ruskiniano sólo existe el placer estético.... No gastará sus recursos en un goce personal é instantáneo, sino en un monumento que sirva á todos y para siempre. Si tiene la buena suerte de encontrar á un Miguel Angel, no le ordenará que modele, como hizo Pedro de Médicis, una estatua de nieve. Procurará, al contrario, que, al derredor suyo, ninguna inteligencia brille como blanca escarcha, sino que se vitrifique como una ventana pintada y colocada entre columnatas de piedra y barras de fierro, á fin de que soporte el sol en ella y lo envíe á través de ella de generación en generación. Si es pobre, se regocijará de ver las bellas cosas, poseídas por otros ó por las iglesias y los museos.... Si tiene los medios de viajar y de seguir á lo lejos las huellas estéticas de los grandes sembradores de Arte, viajará con frecuencia, señalando con una cruz blanca las jornadas de su vida en que le haya aparecido una nueva faz de la Belleza, ó un nuevo maestro, en la soledad de un museo, le haya dicho alguna cosa... Si se detiene en el camino, falto de recursos, llamará á su recuerdo las peregrinaciones tantas veces comenzadas de los artistas pobres del tiempo de Poussin, partiendo para Roma, deteniéndose en Lyon ó en Avignon, pagando cada etapa con un cuadro, tendiendo vanamente los brazos hacia la Ciudad Eterna.... llegando á ella al fin, mejor preparados para sentir su eternidad por una larga espera y para gustar sus encantos por un largo deseo. No tiene necesidad, para gozar la vida estética, de ver todos los países bellos: que se fije tan sólo en todo lo que es bello en el país que ve! Si mira á una mujer bella, admirará su belleza; si es fea, admirará su sonrisa; si no sonríe, pensará en su gravedad ó en su nobleza. Si sólo una nota le queda á su piano, amará esa nota. Si el país que habita no

tiene sino un arroyuelo, amará ese arroyuelo; si su ventana es tan pequeña, que en la noche sólo ve una estrella, admirará esa estrella, y, á fuerza de escudriñar la Belleza que está en todo, hará su felicidad con las migajas de ese festín en que los otros, saturados y hastiados, beben á grandes tragos el fastidio de una opulenta vida indiferente y vana!»

Sólo un verdadero ruskiniano pudo cantar así frente á las estepas del Nazas:

«Ni un verdecido alcor, ni una pradera!  
Tan sólo miro, de mi vista enfrente,  
la llanura sin fin, seca y ardiente,  
donde jamás reinó la primavera.

Rueda el río monótono en la austera  
cuenca, sin un cantil, ni una rompiente  
y, al ras del horizonte, el sol poniente,  
cual la boca de un horno, reverbera.

Y en esta gama gris que no abrillanta  
ningún color; aquí, do el aire azota  
con ígneo soplo la reseca planta,  
sólo, al romper su cárcel, la bellota  
en el pajizo algodonal levanta  
de su cándido airón la blanca nota.»

Qué lejos estamos, señores, de la poesía pastoril —fonográfica,— de la bucólica neovirgiliana con su Mincio por decoración y con su Galatea recitando traducciones latinas!.... En la obra de Othón, la impresión que el poeta recibe de la Naturaleza es directa y vigorosa, es un choque que le hace vibrar los nervios, y la expresión poética que la traduce es clara, dúctil y amplia, refleja y contiene el sentimiento complejo de un hombre de su época. En la lira de Othón cantan las voces dolorosas y grandes del presente. Su poesía es dolor y es amor; es sangre de corazón palpitante; es Credo de fe en la cruz de las redenciones; es luz de cabeza que se iergue sacudiendo en el espacio los resplandores de su ideal con el martirio divino de la inspiración; es el ansia de alas, de vuelo, de infinito que agitaba al Euforión de Goethe, cuando se llevó al cielo la radiante aureola de su genio, dejando en la tierra entristecida sus vestidos desgarrados de hombre y su lira rota de poeta!

Y no que Othón haya sido desdeñoso de

la venerable antigüedad; al contrario, conocía y estudiaba sin cesar —y las amaba— las letras monumentales de la literatura clásica. Ellas le pusieron en los labios una gota de esa miel que la diosa Harmonía mezclaba al Falerno de Horacio. Por eso el habla de Othón es dulce. Por eso su verso es impecable de pureza. Othón es un bardo de la «Edad de Oro,» que no es antigua, ni presente, ni futura; que es eterna dentro de la tradición gloriosa del Arte; edad de Homero y de Virgilio, de Cervantes y de Goethe, de Hugo y de Carducci; . . . . edad de la Belleza, que no debe verse á través de la ilusión de los calendarios, sino á través de la realidad de la poesía, porque la Belleza es tan vieja como los dolores del mundo y tan recién nacida como el instante de dicha que se te escapa, oh Fausto! entre las manos. . . . . La tradición! cosa esencial y verdaderamente sagrada en literatura, y que estaría en peligro de perderse entre nosotros, si algunos, como elegidos y fieles amantes de la belleza, no vigilasen sin cesar en mantenerla! Oh, sí, muchos son los que con un «nombre anónimo,» que creen glorioso, asaltan la mansión de las Musas con una indelicadeza de gentes brutales. ¿Por qué razón, señores, los que no hacen de la literatura sino un instrumento, y no la aman por ella misma, habrían de ser estudiosos y afectuosos? Otros hay, que si bien son dignos de amarla y que la harían honor por su talento verdadero, los ofusca con frecuencia la vanidad desde el primer aplauso; y salvo dos ó tres grandes nombres que respetan ó fingen respetar, para cubrir las apariencias, hablan y escriben como si la belleza hubiera nacido con ellos y como si fueran á inaugurar el reinado del arte en las edades futuras. Debemos recordarlo siempre; pensar mucho y seriamente en el pasado y comprenderlo bien, es en verdad pensar en el porvenir; estos dos términos se ligan de una manera estrecha y corresponden entre sí como dos faros.

El deseo de la originalidad, que entre nosotros es ya una obsesión, una manía, no sólo conduce á las más lamentables aberraciones,

sino que acusa pobreza de espíritu, miedo de imitar y desconfianza en las facultades creadoras. Este anhelo malsano sólo puede engendrar monstruos. La originalidad es grande y bella cuando es espontánea, natural, y la ciencia no la daña sino que la ennoblece y adorna; cuando es artificial, cuando se compone frente al espejo una melena de poeta sobre un cráneo vacío, puede convertirse en caricatura. El artista debe ser sincero, ingenuo, serio, religioso. Manuel Othón lo fué en alto grado, y por eso merece el homenaje de nuestra admiración. Y nadie dirá que Othón, por respetar, estudiar y amar la buena tradición literaria, fué un simple imitador. No hay generaciones espontáneas en arte, como no las hay en la ciencia, como no las hay en la vida. Todo se liga, con eslabones de fierro ó con anillos de oro. Racine dice en el prefacio de su «*Britannicus*,» que muchas veces al escribir una escena, pensaba qué cosa diría Sófocles si la viera representar. ¿Es esto servilismo? No, es respeto; y este respeto, en cierto modo, es la garantía de la posteridad. Bajo la mirada serena y alentadora del poeta ático salieron las heroínas del poeta galo como Niobes de mármol, blancas y trágicas. La filiación de Othón es una filiación de gloria literaria, y esta es una de sus excelencias como poeta. Othón es él, sólo él, poeta original, personalísimo, renovador y creador, pues ha dado á la musa de Garcilaso y de Gutiérrez de Zetina una alma nueva y una nueva música, un nuevo amor y un nuevo ideal; y bajo la mirada serena y alentadora de sus maestros, brotaron de su corazón los cantos rústicos como bajo los rayos fecundantes del sol brota del surco recién abierto una parvada de alondras!

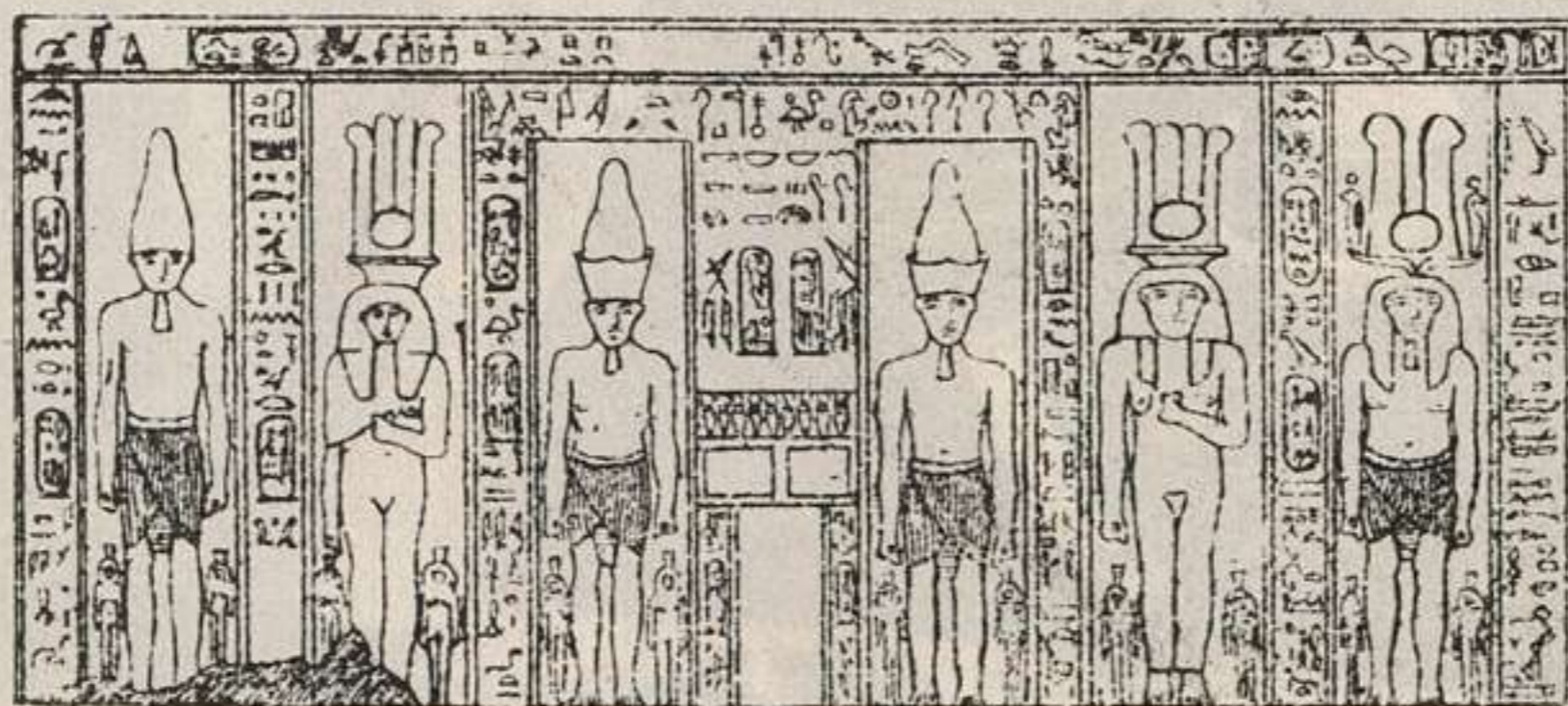
#### SEÑORES:

Muchos de nosotros vivimos cerca de Othón y le profesamos amistad y cariño; lo juzgamos como contemporáneo, y nuestro juicio no puede ser sereno como el de la posteridad. El tiempo no ha borrado en nuestra memoria, antes los ha avivado, los

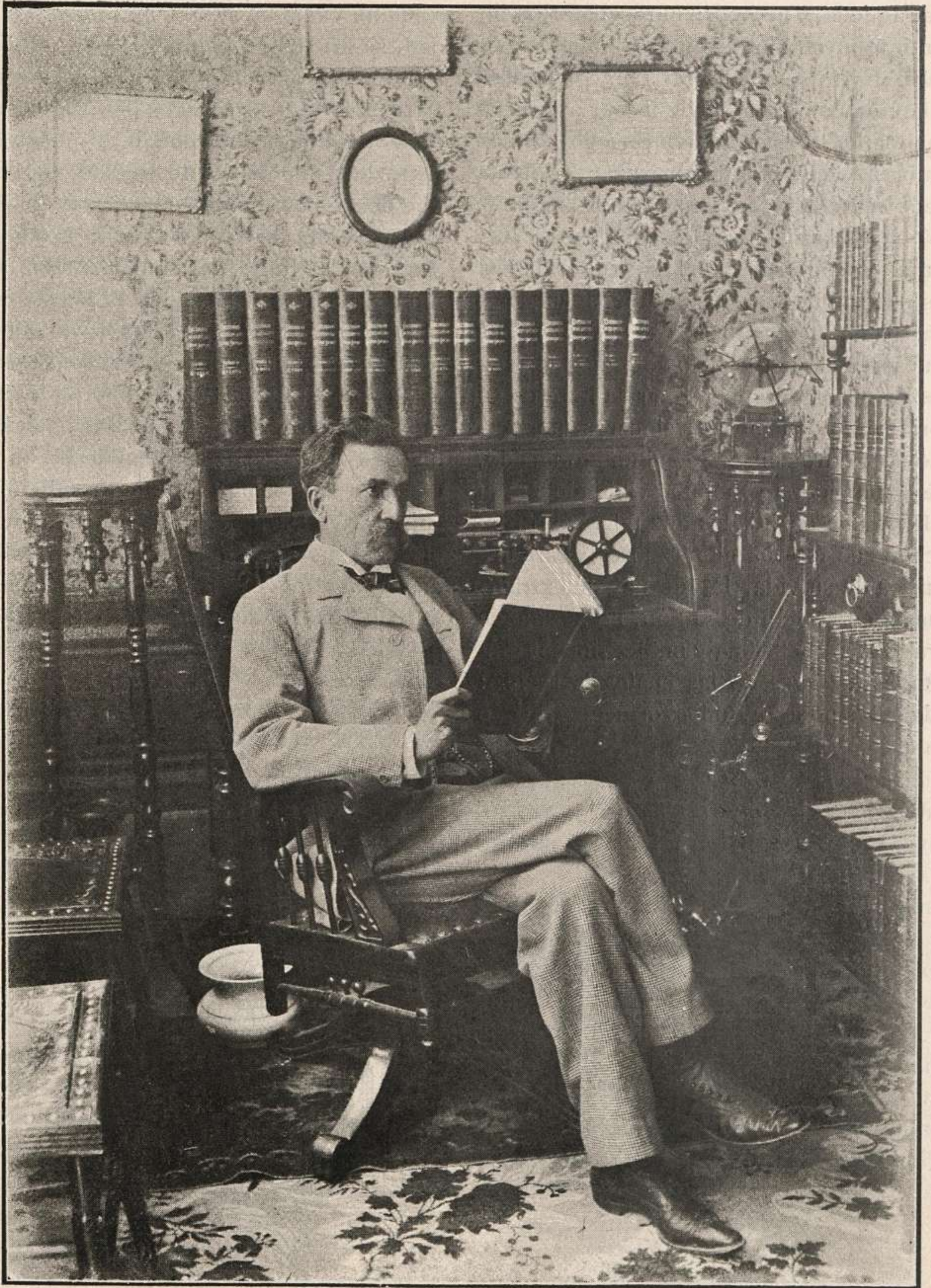
detalles de su existencia personal; vemos su obra poética á través del amigo; la una completa al otro; éste nos hace comprender y amar aquélla, y no podríamos separarlos sin mentir á nuestra inteligencia y á nuestro corazón. Es imposible juzgar á un compañero de la vida como se puede juzgar á un personaje muerto hace años. Sucede con los hombres lo que con los paisajes: la lejanía puede embellecerlos, pero los desnaturaliza, porque la distancia los ahoga en la luz, atenúa sus contornos y vela sus rugosidades. Los que le vimos, los que fuimos sus compañeros en la ciudad, sus confidentes, sus confesores alguna vez, los que nos acordamos de él, no oiremos sonar la hora de su gloria; pero debemos ser sinceros, por respeto á nosotros mismos y al amigo amado, que gana de este modo reviviendo en su realidad con cualidades que tal vez no sospechen sus futuros admiradores. Para los testigos de su vida, lo que hay de extraordinario en la obra de Othón, no es sólo su obra misma, bellísima y noble, sino las dificultades á través de las cuales la realizó: nada, ni la pobreza, ni los tormentos de que

es fecunda madre, ni la amargura de verse olvidado, que engendra el desaliento en las almas más fuertes, pudieron interrumpir el solemne vuelo de su numen. Puso, en verdad, su arte por encima de todo: él fué su religión, su amor, su martirio y su gloria. Esto es lo que sus amigos debemos decir á todos para que comprendan lo que su obra tiene de excepcional, de heroico; esto es lo que debemos repetir siempre para vengarlo de la ligereza desdeñosa ó de la ignorancia estúpida del vulgo, del «vulgo vestido,» como decía él, que considera la poesía como pasatiempo de ociosos, extravío de quijotes y vana ocupación de hombres sensatos, en estos tiempos de lucha y de dinero, de egoísmo y de fierro. Oh! si todos los poetas pudieran conjurarse para enmudecer un día, como en el poema de Sully Prudhomme se conjuraron las flores desdeñadas para no dar al mundo ingrato sus colores y su aroma, el mundo entero, sintiendo llegar la muerte, de rodillas pediría perdón á los poetas!

JESÚS URUETA.







DR. PORFIRIO PARRA,

nombrado, á principios del año, Director de la Escuela N. Preparatoria, de México.

## NOTAS BREVES

### LOS ALMANAQUES DEL AÑO.

Hemos recibido el Almanaque de «El Mundo Ilustrado,» que repartió como obsequio á sus subscriptores, anunciándolo con tan halagadoras promesas, y confesamos que lo hemos visto con positivo agrado. Es un cuaderno lujosamente impreso, profusa y artísticamente ilustrado. Las páginas destinadas al calendario, contienen cuatro hermosas tricomías que representan paisajes del Valle de México, propia mente ejecutadas, y *hors de texte*, en tricomía también, un óleo de Federico Rodríguez, digno de elogio.

Con numerosas fotografías, dibujos de Alcalde y Groso, están ilustrados todos los artículos del Almanaque, y merece especial mención un retrato á plana entera del Sr. General Díaz, con el vistoso uniforme de Divisionario, y luciendo casi todas las cruces y condecoraciones extranjeras y mexicanas que ha recibido.

La parte literaria ha merecido una cuidadosa atención de su Director. Los artículos que la integran, son interesantes por los asuntos de que tratan, porque fuera de su amena forma, derivan una enseñanza para la mayoría de los lectores, cuyas variadas inclinaciones se ven allí bien cultivadas. En «Los Libros del Año,» artículo que lleva la firma de Luis Urbina, encontramos una sucinta noticia de las obras últimamente publicadas por nuestros poetas y literatos más salientes, y en donde aquel escritor, con el dejo de ese amable abandono que ha venido á ser como la marca de su estilo, nos dice cosas bellas y

hondas en un *tête à tête* familiar, de la impresión que le han producido esas lecturas. La prosa de Urbina, fluida, llana como su carácter, sigue brotando limpidamente de su venero, sin que logre enturbiarla el limo de la crónica semanal, y en este artículo hace gala de las simpatías estéticas y del sentido crítico de su autor.

Otras crónicas registran los principales acontecimientos del año, y por lo que respecto á trabajos de interés general, citaremos el de los Museos, las Bibliotecas, la acuñación de la moneda, los Bancos, etc., etc., bien escritos y mejor documentados.

Se ve así, que estas páginas han sido expurgadas de escrituras banales y literaturas anodinas, y por eso tal vez, se impone con más alto relieve el «Triptico de las Tentaciones,» que allí triunfa armoniosamente con la solemnidad de sus bravos esmaltes.

No en vano un poeta y un escritor como Luis está al frente de «El Mundo Ilustrado.» Es palpable el adelanto de esta publicación desde que él la dirige, y más de una vez hemos trascrito los juicios favorables que frecuentemente merece á revistas extranjeras; así, pues, reciba su Director nuestro cordial aplauso por el éxito del Almanaque, muestra gallarda del formal desarrollo en que ha entrado definitivamente la prensa en nuestro país.

### ARTE Y LETRAS.

También este periódico hebdomadario publicó su Almanaque, y sentimos que al hablar de él, se vaya el elogio de nuestros labios. Con efecto, excepción hecha de

los sonetos de Rubén M. Campos, de la parte tipográfica, del papel, que, como el de la misma publicación, es de calidad óptima, se asiste en sus páginas á un interminable desfile de palabras y palabras incrustadas, superadas ó encuadradas en malos dibujos desordenadamente dispuestos. Vienen allí unos versos —Los Gatos de Juan B. Delgado— que rezan han sido escritos para el Almanaque, y cuya respectable ancianidad conocen, sin embargo, todas las ratoneras literarias. Una «Musa Blanca,» de Manuel Caballero, con una mirífica nota explicativa, y que, como las otras musas de este señor, bien merece un laurel de *papier maché* discernido por cualquier concurso. Un incomprensible artículo musical, por donde pasan tumultuosamente todos los músicos de la Cristianidad, y una «Canción de Invierno,» de.... Lerdo de Tejada, con un aire muelle de danza cubana. En resumen, música de Lerdo, prosa relacionada con esa música, versos, como para la misma.

### ONOMÁSTICO.

El 25 del mes último, el Director de esta «Revista,» celebró, rodeado de sus íntimos, sus bodas de oro con la vida; y los íntimos de Jesús E. Valenzuela se llaman legión. Los viejos afectos que se han ido amontonando en su pecho con el transcurso de los años, no impiden que en él broten y florezcan vigorosamente los nuevos. De aquí el carácter *sui-generis* de esas reuniones, que ofrecen á las vegadas el contraste de que cualquier Johanes Frollo se codee con un personaje ilustre en el Arte, la Banca ó la Política.

El aniversario de que hablamos fué íntimamente cordial; frentes juveniles, florecidas de sueños y esperanzas, de los poetas que comienzan, se confundían con las cabezas pensativas de los mayores, de los

que no en vano han arrancado un secreto al arte y á la vida. Allí volcó el verbo sonoro de Urueta, una cornucopia de bienes amables para el festejado; allí la briosa inspiración del «Viejecito,» vestida con pompa real, depositó en el ara de la fraternidad y del cariño, los tesoros robados á las ondinas y á la misteriosa Anfitrite (nos referimos al Poema del Lago, que ilumina con flamas boreales las columnas de este mismo número), y los deseos de todos los que vivieron esas horas gratas al lado de Valenzuela, se confundieron en uno solo: en el deseo de que Chucho logre triunfar de los corporales quebrantos, ahora que su inteligencia, como una viña bien cultivada, ostenta al sol de otoño la gloria de sus frutos supremos.

### BIENVENIDA.

El 11 del corriente, en celebración de la vuelta del Sr. Alfonso Cravioto, Director que fué del extinguido colega «Savia Moderna,» de un viaje que hizo por Europa, nuestro Secretario de Redacción, D. Emilio Valenzuela, lo obsequió con un almuerzo amistoso. Nosotros enviamos al joven escritor la más cordial enhorabuena por su regreso.

### EN EL DESIERTO.

Como lo anunciamos en nuestro número anterior, hoy publicamos el poema de este título, que el inolvidable Othón obsequió al Director de esta «Revista,» días antes de morir. Fué corregido en pruebas por él mismo, así es que nuestros lectores pueden saborearlo en toda su integridad, y compararlo con la copia mutilada y contrahecha que un periódico, no obstante la *caballerosidad* que lo rige, tuvo la audacia de presentar á sus lectores, profanando sin misericordia la obra póstuma del insigne poeta.

R. L.



## ERECCIÓN DE UNA ESTATUA AL "DUQUE JOB"

Lista de la subscripción abierta por la "Revista Moderna de México," hasta el día  
31 de Diciembre de 1906.

Suma anterior.....\$	3,009 77	Del frente.....\$	3,088 77
Hon. Federico Gamboa.....	10 00	Juan Pablo Baz.....	3 00
Lic. José Antonio Rivera G... .	5 00	Calixto Magaña.....	3 00
Juan Castro.....	5 00	Mariano Pérez Gallardo.....	3 00
Subscripción hecha entre los empleados de la Secretaria de Relaciones Exteriores y Archi- vo general de la Nación:		Joaquín Enrique.....	3 00
Rodolfo A. Nervo. (Comisio- nado para la colecta).....\$	5 00	Manuel Cervantes Rendón....	3 00
Ernesto Mercado. (Comisiona- do para la colecta).....	5 00	Justino Rubio.....	3 00
Carlos Lazo de la Vega. (Comi- sionado para la colecta)....	5 00	Tomás Alarcón.....	3 00
Fernando Duret.....	10 00	Benjamín Lazo de la Vega... .	3 00
Joaquín Velarde.....	5 00	Julio W. Baz.....	3 00
Vicente Morales.....	5 00	Enrique Lozano.....	3 00
Gabriel Zárate.....	5 00	Francisco Tejeda.....	3 00
Antonio García Cubas.....	5 00	Carlos Fernández de la Re- gata.....	3 00
Luis G. Pardo.....	5 00	Juan Ramón de la Portilla... .	3 00
Juan N. Ortiz de Montellano..	5 00	Francisco Ramos.....	2 00
Gilberto Magaña.....	4 00	Adolfo Gutiérrez.....	2 00
		Leonardo Pietra Santa, jr....	2 00
		Vicente J. Morales.....	2 00
		Mauro Durán.....	2 00
		Jenaro Ruiz Orozco.....	1 00
		Enrique Aguilar.....	1 00
Al frente.....\$	3,088 77	A la vuelta.....\$	3,139 77

De la vuelta....\$ 3,139 77	Del frente.....\$ 3,182 77
Carlos Díaz..... 1 00	Pbro. Manuel Medina..... 5 00
Miguel Fernández de la Re- gata..... 1 00	Hacienda de Río de Medina.. 10 00
Carlos Villanueva y Aliphat... 1 00	J. Guadalupe Vázquez del Mer- cado..... 2 00
Rafael Velarde..... 1 00	J. Manuel Velasco..... 1 00
Alfonso Cicero..... 2 00	Jesús Ríos..... 1 00
Enrique Toledo..... 1 00	Joaquín M. Arroyo..... 1 00
Fernando Magaña..... 1 00	Dr. Luis Rodarte..... 1 00
Alfonso Acosta..... 1 00	Leandro Sánchez..... 1 00
José Jiménez..... 1 00	Daniel Sánchez..... 1 00
Juan N. I. Mejía..... 1 00	Julio M. Falcón..... 1 00
Wenceslao de la Maza..... 0 50	Prof. J. Santos Ruelas..... 1 00
Adolfo Martínez Argot..... 0 50	Subscripción hecha en Oco- zocoautla, Chiapas, reunida por el Sr. Angel Morales Corzo:
Sidonio Avilez..... 0 50	Porfirio Corzo.....\$ 2 50
Subscripción hecha en Som- brerete, Zacatecas, reunida por el Lic. Enrique Borrain de los Rios:	Federico Espinosa..... 2 50
Francisco Rudí..... 5 00	Antonio Espinosa..... 2 00
Mariano Ruiz..... 2 00	Rodrigo Brindis..... 2 00
Jerónimo Jaques..... 1 00	Absalón Niño..... 1 00
Ricardo Jaques..... 1 00	José Mario Gómez..... 0 50
Mateo Castañeda..... 2 00	Abel León..... 1 00
Emeterio Salinas..... 3 00	José I. Morales Corzo..... 1 00
Francisco Gallántegui..... 10 00	Joaquín Salgado..... 2 00
Pbro. Plutarco de la Cruz.... 1 00	Ernesto R. Mendoza..... 1 00
Lic. Mariano Torres Obregón. 3 00	Rafael C. García..... 1 00
Prof. Eduardo Bravo y Sritas.	Ciro Rodríguez..... 1 00
Sara Castro, Josefa Moreno y	Efrén Morales..... 1 00
Soledad Maldonado..... 2 50	Jorge R. Pérez..... 0 50
Al frente.....\$ 3,182 77	Total.....\$ 3,226 77

(Continuará).





### CAPÍTULO III

## SALAMMMBO

Levantábase la luna al ras de las olas, y sobre la ciudad, todavía envuelta en tinieblas, brillaban puntos luminosos; la lanza de un carro en un patio, el collar de oro en el pecho de un dios, un adorno cualquiera en los tímpanos de los templos, cuyas bolas de cristal resplandecían en los techos como gruesos diamantes. Luego eran ruinas, montones de tierra negra, y la verdura de los jardines semejaba manchas oscuras, más profundas que las tinieblas; más allá de Malqua, las redes de los pescadores tendidas entre las casas, parecían gigantescos murciélagos desplegando sus alas. Sólo se oía el ruido de las ruedas hidráulicas que subían el agua al último piso de los palacios; los camellos descansaban tranquilamente en el centro de las terrazas con las patas replegadas bajo el vientre como los avestruces; los porteros dormían en la calle atravesados ante las puertas; la sombra de los colosos se alargaba en las plazas desiertas; á lo lejos, la humareda, todavía ardiente, de un sacrificio, se escapaba por las tejas de bronce, y la pesada brisa traía entremezclados con los perfumes de plantas aromáticas las emanaciones marinas, y la exhalación de las murallas que despedían en esa hora el calor que les prestó el sol. Alrededor de Cartago resplandecían sombras inmóviles, pues la luna vertía sus rayos en el golfo rodeado de montañas y en el lago de Túnez, donde los fenicópteros, entre los bancos de arena, formaban largas rayas rojas, y más allá, junto á las catacumbas, la gran laguna salada relucía como un trozo de plata. La bóveda del cielo azul se hundía en el horizonte limitada á un lado por la polvareda de las llanuras, y del otro por las brumas del mar, y en la cima de la Acrópolis los piramidales cipreses que rodeaban el templo de Eschmín se balanceaban murmurando como las olas que batían lentamente la playa al pie de los muros.

Sostenida por una esclava que llevaba en una fuente carbones encendidos, Salammbó subió á la terraza, en cuyo centro se ostentaba un lecho de marfil cubierto de pieles de lince con cojines de plumas de loro, animal fatidico consagrado á los dioses, y en sus cuatro ángulos se elevaban altos pebeteros llenos de nardo, incienso, mirra y cinamomo. La es-

clava encendió los pebeteros. Salammbó miró la estrella polar, saludó lentamente los cuatro puntos cardinales y se arrodilló sobre el polvo de azur sembrado de estrellas de oro, á imitación del firmamento. En seguida, con los codos pegados á los costados, los antebrazos rectos y las manos abiertas, echando atrás la cabeza bajo la luz de la luna, dijo:

—¡Oh Rabbetna! . . . . ¡Raabet! . . . ¡Tanit! . . . —Y su voz sonaba plañideramente como haciendo un llamamiento.—¡Anaitis! ¡Astarté! ¡Derceto! ¡Astareth! ¡Mylitta! ¡Athara! ¡Elissa! ¡Tiratha! por los símbolos ocultos, por los sistros sonoros, por los surcos de la tierra, por el eterno silencio y por la eterna fecundidad dominadora del mar tenebroso y de las playas remotas: ¡oh reina de las cosas húmedas, salud!

Balanceó el cuerpo entero por dos ó tres veces, y luego cayó hundiendo la frente en el polvo con los brazos en cruz.

Rápidamente la levantó su esclava, pues era preciso, según los ritos, que alguien arrancara al penitente de su prosternación; eso equivalía á significarle que los dioses aceptaban su ruego, y la nodriza de Salammbó cumplía siempre con el piadoso deber.

Unos mercaderes de Tetulia la trajeron de niña á Cartago, y ni aun después de haber obtenido su libertad, esta esclava quiso abandonar á sus dueños, como lo demostraba su oreja derecha atravesada por ancho agujero; unas sayas multicolores caían desde sus caderas hasta los tobillos ceñidos por dos aros de estaño; su rostro aplastado era amarillo como su túnica; largas agujas de plata formaban un sol detrás de su cabeza; llevaba en una ala de la nariz un botón de coral y permanecía junto al lecho más erguida que una hermes y con los párpados bajos.

Salammbó se adelantó hasta el extremo de la terraza; por un momento sus ojos recorrieron el horizonte y después se fijaron en la ciudad dormida; el suspiro que lanzó levantando los senos, hizo ondular de un extremo á otro la larga simarra blanca sin broche ni cinturón que pendía de su cuello; sus sandalias de punta retorcida desaparecían bajo una gran cantidad de esmeraldas, y una redecilla de púrpura encerraba su abundante cabellera.

Irguió la cabeza para contemplar la luna, y mezclando á sus palabras fragmentos de un himno, murmuró:

—¡Cuán ligeramente ruedas sostenida por el éter impalpable! El movimiento que tu agitación produce, engendra los vientos y los rocios profundos. Según creces ó disminuyes, se ensanchan ó menguan los ojos de los gatos y las manchas de las panteras. ¡Las esposas claman tu nombre en los horrores del parto! ¡Tú hinchas las valvas de las conchas! ¡Por ti hierven los vinos! ¡Tú corrompes los cadáveres! ¡En el fondo del mar te deben la vida las perlas!

«Todos los gérmenes, ¡oh Diosa! fermentan en las obscuras profundidades de la humedad. Cuando apareces, se esparce una augusta soledad sobre la tierra; las flores se pliegan, se calman las olas, los hombres fatigados descansan mostrándote su pecho, y el mundo, con sus océanos y sus montes, se mira en tu rostro como en un espejo. ¡Eres blanca, dulce, luminosa, inmaculada, protectora, purificadora, serena!»

A la sazón brillaba el astro en la montaña de las Aguas Ardientes, sobre el corte que separaba sus dos cimas; junto parpadeaba una estrella diminuta y tenía en derredor un gran círculo pálido. Salammbó añadió:

—«¡Cuán terrible eres, oh Dueña! Tú produces los monstruos, los fantasmas aterradores, los engañosos ensueños; tus ojos devoran las piedras de los edificios, y los monos enferman cada vez que te rejuveneces.

«¿Á dónde vas? ¿Por qué cambias perpetuamente de forma? Tan pronto curva y recordada te deslizas por los espacios como una galera sin mástiles, como entre las estrellas parece una pastora que guarda su rebaño; ya fúlgida y redonda rozas las cumbres de las montañas como la rueda de un carro.

«¡Oh Tanit! ¿me quieres, verdad? ¡Te he mirado tanto! ¡Pero no! ¡Tú corres en tus dominios de azur, y yo permanezco inmóvil sobre la tierra! . . . Taanach, toma tu neval y pulsa suavemente la cuerda de plata, que mi corazón está muy triste.»

La esclava levantó una especie de arpa de ébano más alta que ella y triangular como un delta; apoyó el extremo inferior sobre un globo de cristal, y empezó á tocar con ambas manos.

Sucedíanse los sonidos sordos y precipitados como el zumbido de las abejas, y adquiriendo poco á poco mayor sonoridad, huían en las alas de la noche con la queja de las olas y el estremecimiento de los árboles en la cima de la Acrópolis.

—¡Cállate!— exclamó Salammbó.

—¿Qué tienes, ama? La brisa que sopla, la nube que pasa, todo te molesta y agita.

—No sé.

—Las largas oraciones te cansan.

—¡Oh, Taanach, quisiera disolverme en ellas como una flor en el vino.

—Tal vez es el aroma de los perfumes.

—¡No! —dijo Salammbó— el espíritu de los dioses vive en los perfumes.

Entonces la esclava le habló de su padre, que se le creía en la comarca del Ambar, más allá de las columnas de Melkart. «Si no vuelve —le decía— será preciso que escojas un esposo entre los hijos de los Antiguos, y así tus penas se disiparán en los brazos de un hombre.»

—¿Por qué?— preguntó la joven.

Todos los que hasta entonces había visto, le causaban horror con sus risas feroces y sus miembros groseros.

—¡Oh Taanach! á las veces se exhala del fondo de mi sér como un hálito ardiente, más denso que los vapores de un volcán. Oigo voces que me llaman, un globo de fuego rueda y sube por mi pecho, me ahoga, siento que voy á morir, y luego, algo suave, corriendo desde la frente hasta los pies, penetra en mi carne. . . . es una caricia que me envuelve y destruye como si un dios se tendiera sobre mí. ¡Ah! ¡quisiera diluirme en la bruma de las noches, en la linfa de las fuentes, en la savia de los árboles, abandonar mi cuerpo, no ser sino un soplo, un rayo, para deslizarme y llegar hasta ti, oh Madre!

Alzó los brazos en alto, sacando el pecho é irguiendo el talle, pálida y ligera como la luna; después cayó en el lecho de marfil, anhelante; pero Taanach le puso un collar de ámbar con dientes de delfín para ahuyentar los terrores, y Salammbó dijo con voz casi extinta:

—Ve á buscar á Schahabarin.

Su padre no había querido que entrara en el colegio de las sacerdotisas, ni que se la diera á conocer los ritos de la Tanit popular, reservándola para alguna alianza que sirviese á sus miras políticas; así es que vivía aislada en el palacio, pues su madre había muerto hacía años.

Creció entre abstinencias, ayunos y purificaciones, siempre rodeada de cosas exquisitas y graves, saturado el cuerpo de perfumes, y embebida el alma en oraciones. Nunca había probado el vino, comido carne ó tocado bestia inmunda, ni puesto los pies en la casa de un muerto. Ignoraba los simulacros obscenos, pues cada dios se manifestaba bajo distintas formas, rindiéndosele á menudo cultos contradictorios. Salammbó sólo adoraba á la Diosa en su aspecto sideral, y la influencia de la luna pesaba sobre la virgen: cuando el astro disminuía, languidecía la bella; triste y débil durante el día, se reanimaba por la noche, y en un eclipse poco faltó para que muriera.

Así la Rabbet, celosa, se vengaba en aquella virginidad sustraída á sus sacrificios, y atormentaba á Salammbó con obsesiones tanto más fuertes, cuanto más vagas eran.





La hija de Hamilcar pensaba en Tanit continuamente; sabía todas sus aventuras, conocía todos sus nombres, que repetía como si tuvieran para ella una misma significación. Á fin de desentrañar las profundidades de su dogma, quería conocer en lo más secreto del templo el antiquísimo ídolo con su manto magnífico, del que dependían los destinos de Cartago, pues la idea de un dios no se desprendía con claridad de su representación, y tocar, ó sólo ver su simulacro, era arrancarle parte de su virtud, y en cierto modo dominarle.

Salammbó se volvió al oír el ruido de las campanillas de oro que Schahabarin llevaba en el extremo de su túnica; el sacerdote subió las escaleras, y al llegar al umbral de la terraza, se detuvo cruzando los brazos.

Como lámparas sepulcrales brillaban sus hundidos ojos; su cuerpo, alto y delgado, flotaba en su túnica de lino, pesada por los cascabeles que alternaban con bolas de esmeralda junto á sus talones; tenía los miembros débiles, oblicuo el cráneo, puntiaguda la barba; su piel parecía fría, y su rostro amarillo, surcado de arrugas profundas, delataba una horrible pena.

Era el sacerdote de Tanit quien educaba á Salammbó.

—¡Habla! —dijo— ¿qué quieres?

—Esperaba . . . me habías casi prometido . . .

Balbuceaba; se turbó. De repente dijo:

—¿Por qué me desprecias? ¿Acaso he olvidado algún rito? Eres mi dueño y me has dicho que nadie como yo comprendía el culto de la diosa; pero veo que guardas secretos para mí. ¿Es verdad? ¡Oh padre!

Schahabarin recordó las órdenes de Hamilcar y contestó:

—No, no te oculto nada.

—Un genio —replicó la joven— me impulsa á tal amor.—He subido las gradas de Eschmun, dios de las plantas y de las inteligencias; he dormido bajo el olivo de oro de Melkart, patrón de las colonias tirias; empujé las puertas de Baal Khamon, dios de la luz y la fecundidad: he sacrificado á los Kabyros subterráneos, á los dioses de los bosques, de los vientos, de los ríos y de las montañas, pero todos están bien lejanos, muy elevados, son harto insensibles, ¿comprendes? mientras, siento que ella se mezcla en mi vida, llena mi alma haciéndola estremecer por internos impulsos, como si la diosa quisiera escaparse; pareceme que voy á oír su voz, á ver su semblante, y me deslumbran relámpagos fulgurantes y luego vuelvo á hundirme en las tinieblas.

El sacerdote callaba. La joven le suplicaba con los ojos.

Al fin hizo alejar la esclava que no era de raza cananea, y levantando un brazo en el aire, dijo:

—Antes de los dioses solamente existían las tinieblas, y un soplo pesado é indistinto como la conciencia del hombre flotaba sobre la nada. Se contrajo criando el desierto y la nube, y del Deseo y la Nube surgió la materia primitiva; era una agua fangosa, negra, helada, llena de monstruos insensibles, partes incoherentes, formas que aún debían nacer, y que están pintadas en los santuarios.

Después se condensó la materia, convirtiéndose en un huevo que se rompió; la mitad formó la tierra y la otra mitad el firmamento; apareció el sol, la luna, los vientos y las nubes, y al estallido del trueno despertaron los seres inteligentes. Entonces Eschmun se extendió por la estrellada esfera; Khamon resplandeció en el sol, que Melkart empujó hacia Gades con sus brazos; los Kabyrios bajaron á los volcanes, y Rabbetna, semejante á una nodriza, se inclinó sobre el mundo vertiendo su luz como leche y su noche como un manto.

—¿Y después?— dijo Salammbó.

El sacerdote le contó el secreto de las vírgenes para distraerla de sus obsesiones, pero el deseo de Salammbó despertó al oír las últimas palabras de Schahabarin, que dijo como cediendo:

—Suspira y gobierna los amores de los hombres.

—¡Los amores de los hombres! —repitió la virgen entre sueños.

—Es el alma de Cartago —continuó el sacerdote— y aunque alienta en todas partes, aquí es donde habita bajo el velo sagrado.

—¡Padre mío! —exclamó Salammbó— la veré ¿verdad? Tú me guiarás! hace mucho tiempo que vacilaba, pero ahora siento que la curiosidad me devora. Piedad, acude en mi auxilio, partamos!

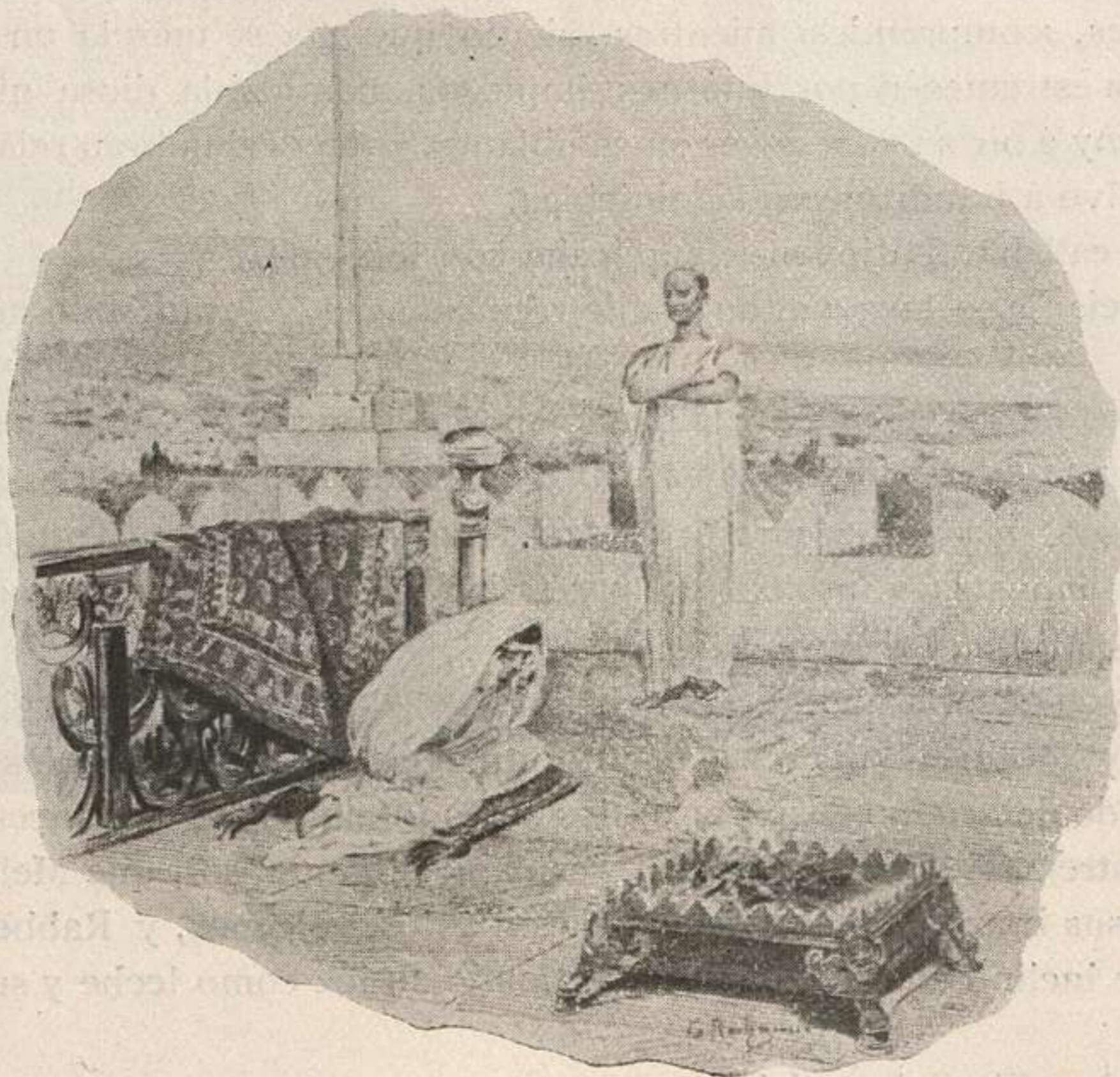
El sacerdote la apartó con ademán violento y orgulloso.

—¡Jamás! ¿no sabes que es un secreto mortal? Los Baals, hermafroditas, únicamente dejan caer sus velos para nosotros solos, hombres por el espíritu, mujeres por la debilidad. Tu deseo es un sacrilegio. ¡Bástete la ciencia que posees!

Salammbó cayó de rodillas, poniendo los dedos índices junto á sus orejas en señal de arrepentimiento; arrebatada á la vez de cólera, de terror y de admiración, sollozaba oyendo las palabras del sacerdote. Este permanecía insensible como las piedras del edificio, la miraba temblorosa á sus pies y experimentaba una especie de alegría viéndola sufrir por una divinidad, á la que él tampoco podía conocer.

Los pájaros empezaban á piar, soplaba un viento frío y blancas nubecillas corrían por el firmamento pálido.

De repente se advirtió en el horizonte, detrás de Túnez, como una niebla ligera que se arrastraba sobre el suelo; después se convirtió en una cortina de polvo gris, y entre los torbellinos de aquella masa polvorienta, asomaron cabezas de dromedarios, lanzas y escudos. Era el ejército de los bárbaros que avanzaba á Cartago.





#### CAPÍTULO IV.

### BAJO LAS MURALLAS DE CARTAGO

---

Montados en asnos, ó corriendo á pie, los habitantes de la campiña llegaron á la ciudad, pálidos, sin aliento, locos de terror; huían ante el ejército que en tres días había salvado la distancia que existe entre Sicca y Cartago, para arrasarlo.

Cerráronse las puertas, y casi al mismo tiempo aparecieron los bárbaros, que se detuvieron en mitad del istmo, á orillas del lago.

Al principio no se mostraron hostiles y muchos se acercaron ostentando palmas; pero como inspiraban un terror indecible, se les rechazó á flechazos.

Por la mañana y al anochecer, algunos mercenarios erraban á lo largo de las murallas, haciéndose notar por su tenacidad un hombrecillo cuidadosamente envuelto en un manto y cuyo rostro desaparecía bajo una visera. Durante largas horas permanecía mirando el acueducto con tal insistencia, que sin duda quería engañar á los cartagineses acerca de sus verdaderos designios. Otro hombre le acompañaba: una especie de gigante que mostraba la cabeza desnuda.

Pero Cartago se encontraba bien defendida en toda la extensión del istmo, primero por su foso, después por un talud cubierto de césped, y por último, por la muralla alta de treinta codos, toda de piedra de sillería, que formaba doble cuerpo.

De trecho en trecho se levantaban sobre el segundo cuerpo, altas torres almenadas que sustentaban escudos de bronce suspendidos á grandes garfios. Esa primera línea de murallas defendía el barrio de Malqua, donde vivían marineros y tintoreros; se veían los mástiles en que se secaban las velas de púrpura y en las últimas terrazas las hornillas de arcilla para cocer la salmuera.

En la parte opuesta, la ciudad extendía en anfiteatro sus altas casas de forma cúbica, fabricadas de piedra, de madera, de guijarros, de tapia. Los bosques de los templos formaban como lagos de verdura en aquella montaña de bloques pintados de diversos colores; las plazas públicas la nivelaban á desiguales distancias, é innumérables callejuelas la surcaban, entrecruzándose, de uno á otro extremo.

Aún se advertían los recintos de los tres antiguos barrios; se alzaban aquí y allá como grandes escollos, alargando sus masas enormes, cubiertas de plantas trepadoras ennegre-

cidas por las inmundicias, y las calles pasaban por sus aberturas profundas como los ríos bajo los puentes.

La colina de la Acrópolis, en el centro de Byrsa, desaparecía bajo un desorden de monumentos; veíanse templos de columnas con capiteles de bronce, conos de piedra con rayas de azur, cúpulas de cobre, arquitrabes de mármol, contrafuertes babilónicos; obeliscos apoyados y hundidos en el suelo semejantes á antorchas invertidas. Los piristilos llegaban á los frontones; las volutas serpenteaban entre las columnatas; los muros de granito sostenían techumbres de tejas, y todos aquellos edificios subían uno sobre otro, ocultándose á medias de una manera incomprensible y maravillosa, marcados con la sucesión de las épocas y el recuerdo de las patrias olvidadas.

Detrás de la Acrópolis, en terrenos arcillosos, el camino de los Maphales, bordeado de tumbas, llegaba en línea recta desde la plaza hasta las catacumbas; casas espaciosas se erguían en el centro de los jardines, y el tercer barrio, Megara, la ciudad nueva, llegaba hasta el borde del acantilado, donde se alzaba un gigantesco faro que ardía todas las noches.

Así se desplegaba Cartago ante los soldados que ocupaban la llanura, y que á lo lejos reconocían los mercados, las encrucijadas; disputaban acerca del sitio y nombre de los templos; el de Khamon, en frente de los Sisitas, tenía tejas de oro; Melkart, á la izquierda de Eschmun, ostentaba en su fastigio ramas de coral; Tanit, más allá, redondeaba entre palmeras su cúpula de cobre; el negro Moloch estaba al pie de las cisternas, hacia el faro: en el ángulo de los frontispicios, en lo alto de los muros, en las esquinas de las plazas, por todas partes se veían divinidades de repugnantes cabezas, colosales y obesas, con vientres enormes, con las fauces abiertas, extendidos los brazos y llevando en la mano horcas, cadenas ó javalinas; y el azul del mar, dibujándose en el fondo de las calles, las hacía parecer más escarpadas por un efecto de perspectiva.

Una multitud bulliciosa las invadía desde la mañana hasta la noche; mancebos agitando campanillas, voceaban en las puertas de los baños; las tiendas de bebidas calientes, humeaban y por dondequiera resonaba el ruido de los yunques y el resoplido de las fraguas. Gallos blancos, consagrados al sol, cantaban en las terrazas; los bueyes, destinados al sacrificio mugían en los templos; los esclavos corrían con cestas en la cabeza, y en los vanos de los pórticos, algún sacerdote aparecía envuelto en su obscuro manto, los pies descalzos y el gorro puntiagudo.

Aquel espectáculo irritaba á los bárbaros; admiraban á Cartago, lo execraban, y hubiesen querido habitarlo y destruirlo. ¿Qué había en el Puerto Militar defendido por triple muralla? Luego, tras de la ciudad, en el fondo de Megara, se destacaba más alto que la Acrópolis, el palacio de Hamílcar; los ojos de Matho se fijaban continuamente en él; subía á los olivos y se inclinaba, formándose una pantalla con la mano para ver mejor.

Sólo veía los jardines vacíos y la puerta roja con la cruz negra, que permanecía siempre cerrada.

Más de veinte veces, como un lobo, dió la vuelta á las murallas buscando alguna brecha para entrar; una noche se echó al golfo y nadó tres horas sin descanso; llegó hasta el pie de los Mappales y quiso subir por el acantilado; desollóse las rodillas, rompióse las uñas y cayó de nuevo al agua sin lograr su objeto.

Su impotencia le exasperaba y estaba furioso de aquella Cartago que encerraba á Sallambó, como de alguien que la hubiera poseído. Desapareció su enervamiento, y un continuo ardor le dominaba; con las mejillas inflamadas, irritados los ojos, ronca la voz, atravesaba con paso rápido el campamento, ó bien sentado en la playa, frotaba con arena su enorme espada. Disparaba flechas á los buitres que pasaban; su cólera se expandía en palabras furiosas.

—Da rienda suelta á tu cólera, como un carro arrebatado por corceles —decía Spen-

# “REVISTA MODERNA DE MEXICO”

MAGAZINE ILUSTRADO.

Subscripción en la ciudad, semestre adelantado .....	\$ 3 00
En los Estados y Extranjero     ”     ”     .....	4 00
Número suelto, en la ciudad .....	0 60

Propietarios: JESUS E. VALENZUELA y AMADO NERVO.

Director: JESUS E. VALENZUELA.

Consultor artístico: JESUS URUETA.

Secretario de Redacción: EMILIO VALENZUELA.

Dirección: Cordobanes núm. 2. Apartado 49 bis.

## SUMARIO DEL NUMERO 6.

### TEXTO:

Ricardo Baroja.—Angel Zárraga.  
De «Margarita.»—Manuel Gutiérrez Nájera.  
Revista Bibliográfica. Almas que pasan (conclusión)—Andrés González-Blanco.  
Dos sonetos.—Enrique González Martínez.  
El cuento de nunca acabar.—Jesús E. Valenzuela.  
Los libros del año.—Luis G. Urbina.  
Nuestros poetas.—Pedro Henríquez Ureña.  
Oración pastoral—Alfonso Reyes.  
Las profecías del genio.—P. Giralt.  
De «El canto errante.»—Rubén Darío.  
Escuela Positiva Penal.  
Invocación.—Enrique Diez Canedo.  
Mi visión primera de Méjico.—Miguel de Unamuno  
La hermana Ana.—Rafael López.  
En honor de Ingegnieros.  
De noche.—Abel C. Salazar.  
Nueva Antología.—Pedro Henríquez Ureña.  
El último aniversario de la Constitución de 57 y la apertura del tráfico entre el Pacífico y el Atlántico en Tehuantepec.—El nuevo edificio de Correos.  
Carlos Amézaga.  
La Revista Moderna de México.  
José Peón y Contreras.  
Max Henríquez Ureña.  
Libros Nuevos.—R. L.  
Muerte del poeta italiano Carducci.  
Mascarilla de Manuel José Othón.  
El nuevo Mercurio.  
Ermete Novelli.  
In memoriam.  
Erección de una estatua al Duque Job.  
Folletín de la «Revista Moderna.»

### GRABADOS:

Roma antigua.  
Diploma de socio correspondiente del Ateneo de Santiago de Chile, otorgado á nuestro Director.  
Nuevo edificio de Correos en México.  
Roma antigua.

# LAS PILDORAS NACIONALES

SON UN MARAVILLOSO

## REMEDIO ANTIPALUDICO

Mucho más eficaz  
que la quinina  
Contra Calenturas,  
Influenza, Debilidad  
y Anemia.

No exigen dieta.



A la vez que es-  
timulan el apetito y  
producen sangre y  
fuerzas, destruyen  
todo germen de Ma-  
laria ó Paludismo,  
sin ser purgantes.

**¡HACEN CORRER A LAS CALENTURAS!**

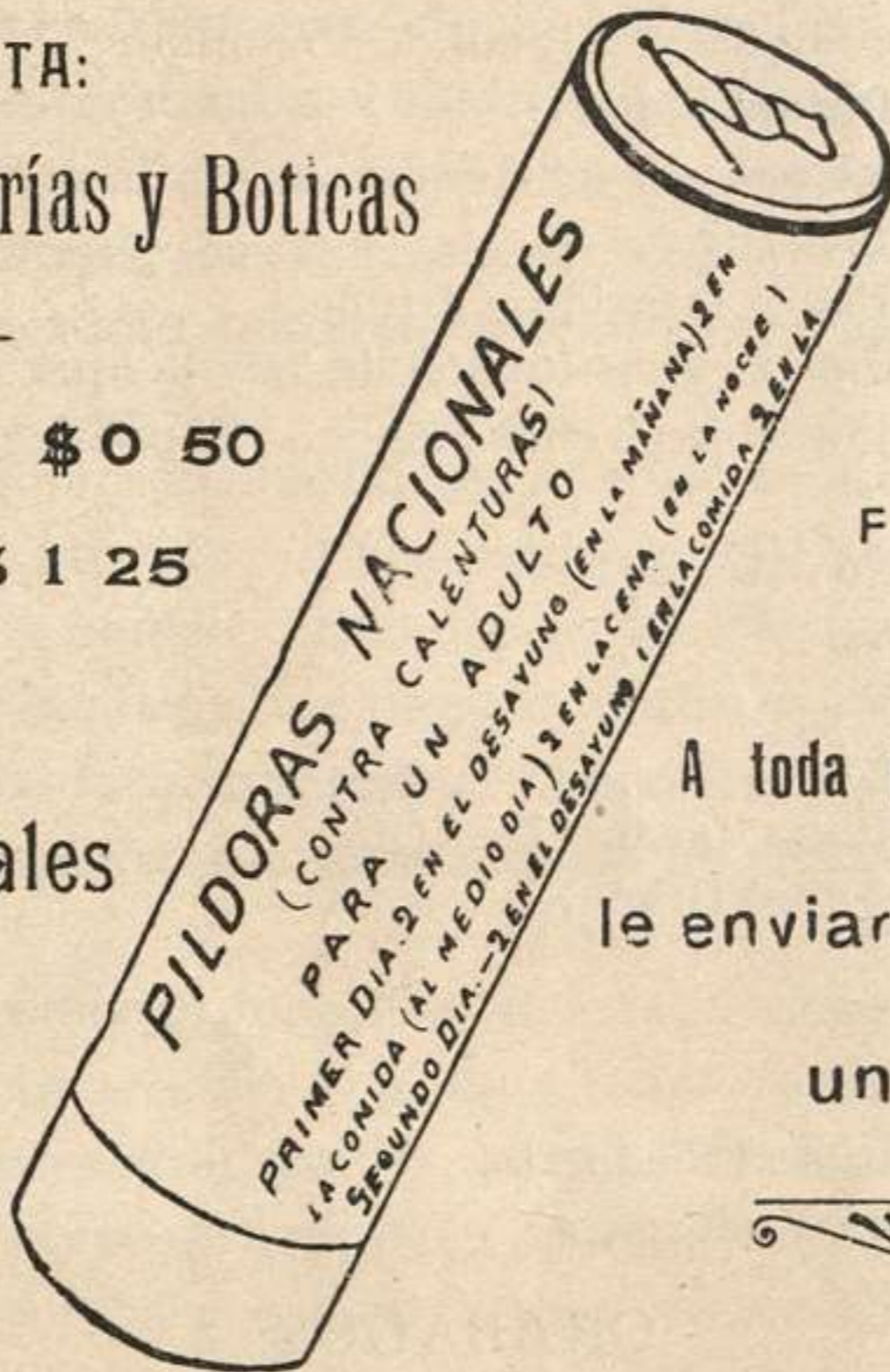
DE VENTA:

En todas las Droguerías y Boticas

Cajas chicas . . . . \$ 0 50

Id. grandes . \$ 1 25

Descuentos Liberales  
al Comercio.



Las enviamos  
á cualquier parte

Por Correo

FRANCO DE PORTE

A toda persona que lo solicite  
le enviaremos "gratis"  
un folleto.



Compañía de las Píldoras Nacionales.

Primera de San Francisco Núm. 14.